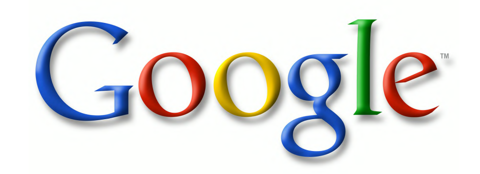
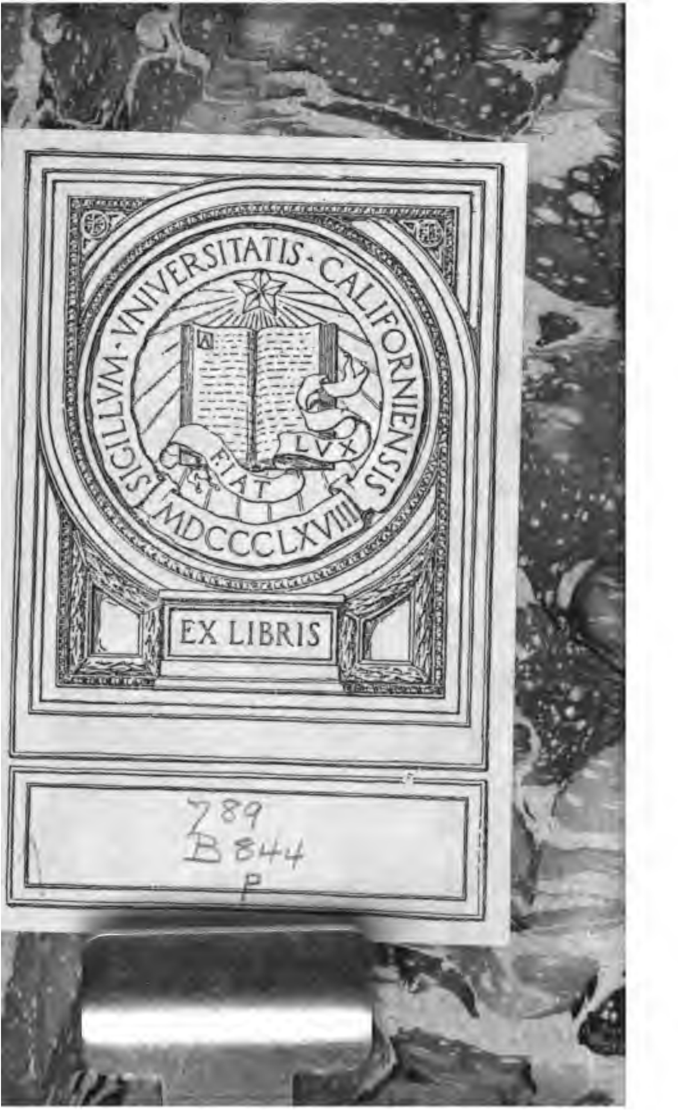

Google


UC-NRLF
$B 279 751

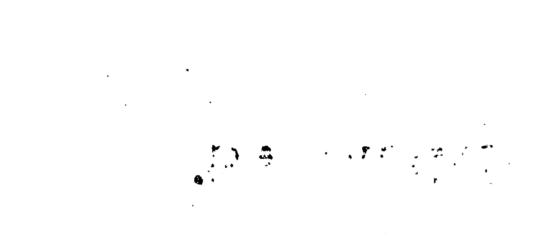

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

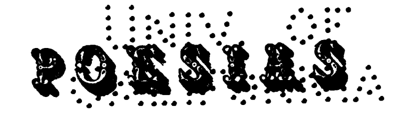



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



Pº 2º 47 Pº 3





POESÍAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

..... *Operosa parvus*
Carmina fingo.
HORACIO.



MADRID, NOVIEMBRE DE 1831.
Imprenta de D. Pedro Ximenez de Haro,
plazuela de Sta. María.

Se vende en Madrid en la librería de Perez, calle de Carretas, y en la de Cuesta, frente á las gradas de S. Felipe el Real.

Público, que con tanta benevolencia has recibido mis producciones dramáticas, tú eres mi único Mecenas. Sé favorable á estas poesías que agradecido te consagro; y plegue á Dios que tu aprobacion justifique la de mis amigos.

ODAS.



I.

A la primera entrada en Madrid de la augusta Reina de España Doña María Cristina de Borbon.

¡Cuán hermosa! Sus ojos celestiales
¡cuán apacibles miran!
ved en su frente pura
la magestad grabada y la dulzura.
Mirad en su mejilla
la rosa del pudor encantadora.
Al consorte Real que en ella adora
no menos la virtud que la hermosura
ved ¡cuán tierno sonríe
su labio de coral!.... Del pueblo ibero
que en ella admira tan sublimes dones
ya con benigno rostro
parece recibir las bendiciones.
Asi, dulce Cristina,
al verte en muda copia,
del lento Manzanares
esclama el morador alborozado.
¿Mas cuál será la mano prodigiosa,
aunque un Fidias la anime y un Apeles,
que en terso lino ó sobre losa dura
ose pintar tu angélica hermosura?
¡Feliz la régia madre que en su seno

te mereció nutrir, oh maravilla
que al mundo asombra desde el Gange al Reno!
¡ Feliz cuál nunca la feraz ribera
del piélago tirreno
dó en tus ojos brilló la luz primera!
No entonces de Caribdis procelosa
las sanguinarias fáuces amagaron
al nauta devorar. De Escila fiera
no ya ladrando los rabiosos canes
los montes de Sicilia estremecieron.
Ni á Encélado del Etna cavernoso
la sempiterna mole atormentando,
con su nervuda espalda le agitaba,
y con fragor infando
de sus hondas entrañas arrancaba
mares horrendos de encendida lava.
Sereno el éter, plácido Nereo
á la amable Cristina saludaron,
y del amante Alfeo
las linfas sosegadas cabe el muro
del alta Siracusa
misteriosas el piélago cruzaron
hasta libar las ondas de Aretusa.
Desde el fausto momento
en que naciste á ser gloria de Italia
la blanda madre del Amor vendado
mas que el pensil de Pafos, mas que Idalia
preció habitar el sículo horizonte,
y su adorado voluptuoso templo
llevó por siempre al Ericino monte.
Cuitadas zagalejas
de la escelsa Parténope, no el viento

de hoy mas fatigareis con vanas quejas;
que la vírgen augusta, cuyos ojos
de Cupido os vedaban los despojos,
mas anhelada que el florido Mayo
cuando yerma los campos crudo Enero,
unida al hijo augusto de Pelayo
parte á reinar en el dosel ibero.
¡Cuán amorosa la mantuana villa
aguarda á su Señora;
á la que nueva aurora
va á amanecer en la feliz Castilla!
El tierno corazon del madrileño
en su prolijo tránsito la sigue.
Ya saluda piadosa
los muros de Mavorte y de Quirino
y el alto Capitolio,
de los soberbios Césares un dia,
ahora de Pedro venerando solio:
ya ha trasmontado el áspero Apenino:
ya el Alpe giganteo:
vedla, ya cruza el Ródano famoso:
ya la rosa de Italia
embellece los campos de la Galia.—
¡Oh ventura! Deidades de Hipocréne,
cantad ledas, cantad. Ya se avecina
á la dichosa falda de Pirene
la sin igual Cristina.
Cien náyades hermosas
ya del Ter en la márgen cristalina
su dulce nombre cantan amorosas.
Ya Barcino opulenta, abandonando
el honrado afanar de sus talleres,

como á diosa la admira;
y clama, y victorea;
y en inefable júbilo delira.
Del Ebro magestuoso la corriente
al ver la linda esposa de Fernando
párase embebecida; y mil amores,
mil tiernos parabienes susurrando,
de la alegre Edetania,
predilecta mansion de los Abriles,
la envia á los pensiles;
mas plácidos, mas bellos
desde que estampa en ellos
la donosa Cristina
su planta peregrina.
¡Oh cuán gozosa la ciudad amena
que baña el manso Turia
y enriquece la próvida Pomona
la acoge en sus hogares!
Que si un dia la impávida Tizona
del noble Cid á la morisma impía
lanzó de su baluarte,
hoy el amor las glorias oscurece
del castellano Marte.
Hoy su mejor alumna,
la hermosa de Parténope, que ufano
á sus muros conduce el Himeneo,
en cada corazon graba un trofeo.
Mas ¡ah! vuela, dulcísima consorte
del Rey querido á los amantes brazos,
ven á ser el orgullo de su corte:
ven á estrechar tan halagüeños lazos.
¿Será que el grato, el suspirado dia

de contemplar el cielo de tu rostro
jamás el impaciente Manzanares
vea resplandecer? Será........ Perdona,
perdona al madrileño enamorado
el importuno ruego,
el incesante afan. Goza en buen hora
los vivas, la alabanza
de un pueblo que te adora.
No interrumpido triunfo
sea del astro nuevo
que ya en el clima hispano reverbera
la sosegada y plácida carrera.
¿Por qué envidiar su dicha al ausetano
si plugo al alto cielo
que el primero te viese honrar su suelo?
Al Ebro y á Sagunto,
á Sétabis y al Tajo
¿por qué envidiar su gloria pasagera?
Madrid afortunado
un lustro, y otro, y mil en su recinto
adorando tus gracias prosternado,
de su Monarca amado
te aclamará consorte deliciosa,
y del pueblo español madre amorosa.
Asi desciende de la altiva sierra
el raudal espumoso,
y en sesgo curso por el valle umbrío,
no ya torrente, caudaloso rio
se acrece y se derrama.
Ora entre juncos y humildosa grama
callado se desliza;
ora alimenta el álamo coposo;

ora la mies naciente fertiliza;
ora en el ancha vega se dilata;
ya baña el pie del torreado muro;
ya domina la ruda catarata.
En tanto el hondo piélago sereno
á gozarle sin tregua se apercibe,
abre á sus ondas el salobre seno,
y huesped amoroso le recibe.
¡Ah! ¿Qué escucho? Madrid, el dulce instante
llegó por fin. En ecos reiterados
ya del cañon resuena el ronco estruendo;
no presagio de bárbara venganza,
nuncio sí de concordia,
y término feliz de tu esperanza.
Sobre las altas cúpulas herido
tambien signo de paz y de contento
el religioso bronce asorda el viento.
Cien músicas marciales á porfia,
mezcladas á los víctores ardientes,
al bronce parche y al clarin sonoro,
embelesan con célica armonía.
Ya el decrépito anciano,
el robusto mancebo,
el infante, la vírgen candorosa;
todos, no de otra suerte
que en torno al romeral ávido enjambre,
se agolpan á la espléndida carrera,
do el árido Diciembre
viste regocijado
las galas de la linda Primavera.
Aqui brilla la seda; allá el brocado;
alli se alza un altar al Himeneo;

mas lejos, del egregio Constantino
las glorias eclipsando,
renueva su arco insigne
en loor de Cristina y de Fernando
la noble Arquitectura;
allá el buril ostenta sus primores;
aqui brilla la mágica Pintura;
alli en dosel de flores
á los timbres de España
se entrelazan las risas, los amores.
¿Mas cuál hiere mi oido
universal clamor?.... ¡Es ella!.. ¡Es ella!
¡La adorable Cristina! —
Salve mil veces, divinal doncella.
¡Bien haya tu sonrisa encantadora! —
Hé aqui, españoles, el dorado siglo.
¡Miradla! No es muger; no; que del cielo
en su imágen que el alma lisongea
hoy descendió la fugitiva Astrea
á terminar por siempre nuestro duelo
y á desterrar los crímenes del suelo.

II.

A la señorita Doña Mariana Rives *despues de haber cantado admirablemente un duo de* Elisabetta, *ópera del maestro* Carrafa.

¡Oh Delio una y mil veces envidiado,
á quien la suerte, para mí tan dura,
de amar sin ser amado
no deparó la negra desventura!

Un monstruo tan sangriento,
aborto del abismo, en Isabela,
y en tí un angel del alto firmamento.
¿Mas cesa, oh Laura, el mágico atractivo
de tu voz que las almas enagena?
Sí; que el eco festivo
de raudo aplauso reiterado suena.
No aquel yerto homenage cortesano
que á la infeliz precaria medianía
rinde tal vez urbanidad violenta.
Fue triunfo esplendoroso
cual jamás á Camilos y Escipiones
le alzó de Marte el pueblo generoso.
No entonces yo del orbe depravado
morador miserable me juzgaba.
No ya desesperado
la paz del hondo túmulo invocaba.
¡Oh placer! esclamé. Por mas que gima
en la pobreza, en el dolor sumido,
y aunque amor desdeñado le consuma;
donde Laura resida,
dó su canto resuene aun sin oprobio
el hombre puede tolerar la vida.

III.

EL TEATRO.

A la admirable actriz CONCEPCION RODRIGUEZ.

Loor á tí el primero
que en la ciudad insigne de Minerva,

cuna y emporio de las dulces artes,
de ensalzar la virtud con vivo ejemplo
el arte poderoso diste al mundo
y alto renombre al apolíneo templo.

Alumnos de Mavorte,
vuestra gloria feroz el tiempo acaba,
y el escénico lauro eterno vive.
Si el miedo alzó trofeos á Alejandro,
á Eschîlo cada dia mas perenes
la admiracion los alza y á Menandro.

Tú das, próvida escena,
dulce reparo al hombre en sus fatigas;
y eres fanal á su ignorancia ruda;
y en el piélago atroz de sus pasiones
el íris sonrosado y apacible
que triunfa de los recios aquilones.

Ya, de regio coturno
el pie ceñido y el puñal vibrando,
horror me inspira al insolente crímen
Melpomene severa; ya Talía
entre risas y juegos y donaires
al árduo templo de virtud me guia.

Ora en festiva danza
me recrea Tersícore inocente
y el siglo me recuerda de Saturno:
ora poblando la anchurosa escena
alma Euterpe de célica armonía
labra á mi corazon dulce cadena.

¡Y cuál es, oh Teatro,

tu mágico poder, cuando concedes
al coro sacrosanto de Helicona
intérprete feliz! Por siempre avara
de tan sublime don naturaleza,
¡cuán rara vez al mundo lo depara!

Honor á tí, oh deleite
del teatro español, *Concha* divina.
Honor á tí que de *Clairon* y *Talma*
y *Maiquez* y *Garrick* partes la gloria.
No menos que su nombre al de *Rodriguez*
grato será del orbe á la memoria.

Tú del absorto pueblo
que sin cesar te aplaude y victorea
mueves el corazon á tu albedrio.
Tiembla, fallece si el puñal te amaga;
llora contigo si el dolor te oprime;
y triunfa y rie si el placer te halaga.

Si Reina ¡qué grandeza!
¡qué magestad en tu sereno rostro!
¡Cuál tu candor si tímida zagala!
Ora te ofenda seductor perverso....
ya inocente, ya rea.... esposa, madre....
En tí sola se cifra el universo.

A tí si en verde lauro
á un Dios plugo velar mi frente humilde,
incomparable actriz, á tí lo debo.
Tú eres el alto númen que me inspira.
¡Feliz yo si por culto de tus aras
mi corazon aceptas y mi lira!

IV.

A LA NOCHE.

No para mí los anchurosos valles
¡oh sol! coronas de precoz espiga;
no á mi placer consolador majuelo
dora tu llama.
No yo á gozar de tus hermosos rayos
cuando la escarcha del Enero rompes
la ijada hiriendo de alazan brioso
cruzo la vega.
¿Qué alumbra mió tu fulgente carro?
¡Ah! ¿Qué me anuncia que dolor no sea?
¿Cuándo á templar de mi destino el ceño,
cuándo amaneces?
Aguija al menos tu cuadriga, oh Febo;
hiende veloz el eternal zafiro,
y allá perdido en los profundos mares
huye á mi vista.
¡Cuánto mas grata á mi abrasado pecho
de Cintia luce la dudosa tea
cuando retarda su tranquilo curso
tétrica nube!
¡Oh de Morfeo bonanzosa madre!
¡Oh dulce tregua á los afanes mios!
Ven. Tiende al orbe el misterioso manto,
lóbrega noche.
Yo te deseo como al alba nueva
de vírgen rosa purpurado cáliz;
y no es mi seno al horroroso crímen
bárbaro asilo.
Ni tanto es fiero tu atezado rostro

que al hombre infunda merecido espanto.
Mas de una vez en hermosura y pompa
vences al dia.
No siempre en torno á tu dosel umbroso
rugen los vientos y el olimpo truena:
no siempre arrasa los floridos campos
árido hielo.
¡Cuán apacible en el ardiente Julio
con mil estrellas tachonando el cielo
reposo al hombre y al vergel envias
céfiro leve!
¡Oh cuánto es dulce sobre el haz dorado
libre tender los fatigados miembros
cuando en los brazos del pastor querido
vela Diana!
Todo es sosiego. Murmurando apenas
desciende al mar el argentado rio.
Susurra apenas en tu copa el aura,
cándido fresno.
Solo el silencio de la noche viola
suave cantar de codorniz amante,
ó allá á lo lejos el zagal sonando
rústica avena.
¡Horas felices! Corazon helado
yace en el seno del mortal que os odia.
¡Horas de paz! En alabanza vuestra
suene mi lira.
Si el sol recrea y reverdece el campo,
tambien su hoguera le consume activa;
si alguna vez á la virtud alumbra,
¡cuántas al crímen!
¡Oh infausto siglo! Las nocturnas sombras

gratas un tiempo á los malvados fueron.
Hoy no; que impunes á la luz sus ojos
alzan osados.
¡Oh noche! En tanto que tranquilo sueño
el vil traidor y el asesino duermen
tú los prodigios de Natura sabia
plácida velas.
¿Por qué te llaman de la muerte imágen?
¡Oh sacrilegio! Cuánto puebla el mundo
á tí su vida y sus delicias debe,
próvida noche.
Y tú de amor, que las tinieblas ama,
los dulces hurtos con tu negro manto
cubres amiga; y el amor mi culto
lleva á tu templo.
Almas sensibles á la grata herida
que el niño alado sonriendo graba,
¿cuál de vosotras negará á mi canto
precio sublime?
No empero, oh noche, tus tranquilas horas
torpe conato á bendecir me impele.
No amor venal de meretriz infame
guia mi planta.
Ni el sacro lecho del ausente esposo
corro á manchar; ni seductor aleve
de incauta vírgen á la fama tiendo
pérfido lazo.
Vuelo á la choza de mi Silvia bella,
mansion celeste de inocencia pura:
de Silvia bella, que me llama ¡oh gloria!
bien de su vida.
Feliz entonces mi destino acerbo

lanzo al olvido con la luz febea;
y apenas puede contener el alma
júbilo tanto.
Ora sus labios deliciosos rien;
ora en sus ojos mi ventura leo,
ora en las mias al descuido encierra
cándida mano.
O ya ingeniosa á las palabras yertas
que á la importuna sociedad dirige
sabe mezclar para embeleso mio
blandos amores.
O ya parlera su donosa planta.....
Mas ¡ah! ¿qué digo? A la profana turba
no tus misterios descubrir concedes,
hijo de Venus.
Almas sensibles, á invocaros torno.
Almas sensibles para amar nacidas,
¡cuánto á vosotras el silencio mio,
cuanto revela!
Decidme: ¿es fuerza al corazon humano
por dar abrigo al amoroso fuego
de alma virtud ensordecer al grito?
No: me responden.
Dejad que solo criminal deleite,
nuncio del tedio y precursor del llanto,
al falso amor de las mezquinas almas
límite sea.
Dejad..... Mas ya del perezoso dia
lánguida brilla la remota lumbre.
Silvia me espera. — Protectora noche,
dame tus alas.

Al cumpleaños de la Reina nuestra Señora DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON *en el año de* 1830.

ÉGLOGA.

GALATEA, NEMOROSO.

NEMOROSO.

¿No ves cómo sus galas mas preciosas
hoy se viste la linda primavera?
Mira cuán blando el celestial rocío,
plateando la plácida ribera
del sosegado rio,
la vida torna á las dormidas flores.
Oye del aura el murmurar suave,
y al colorin cantàr dulces amores.
La cabra saltadora
alegre â la colina se encarama.
¡Cuál balan de placer tus corderillos,
y apenas cuidan de la verde grama!
¡Cómo triscan bramando mis novillos!
Mira; ya asoma el luminar del dia
mas bello que jamas por el collado.
Todo es hoy paz y amor; todo alegría.

GALATEA.

¿Qué mucho, oh Nemoroso,
si hoy rie la natura y se engalana,

cuando el natal dichoso
celebra de CRISTINA Soberana?
Abril la vió nacer gloria del orbe
del mar Tirreno ante las verdes olas;
y hoy por primera vez Abril risueño
la saluda en las playas españolas.
Cárdeno lirio, cándida azucena,
gayo clavel, y tú, rosa fragante,
tales sois comparadas á CRISTINA,
como al radiante sol opaca sombra.
Vuestra frente humillad; y gloria os sea
á su augusto dosel servir de alfombra.

NEMOROSO.

Surca á lo lejos el ufano Betis
de Licio el pescador la barca leve.
¿Irá acaso á tender en el remanso
la tragadora red? No: ya se mueve
apena el blanco remo.
Ya lleva al labio la sonora avena
su amigo Palemon. Ya canta Licio.
¿Será el amor en que le ardió Filena
quien mueve su garganta?
No; que tus gracias, divinal CRISTINA,
y del trono español la gloria canta.

GALATEA.

Vuelve la vista á la pajiza choza
del anciano Damon. A nuestra usanza
cabe el umbral zagalas y pastores
¡cuál se recrean en festiva danza!
¿Oyes el tamboril?... ¡Oh! ya los muros
de la antigua ciudad el bronce atruena.
ya el viva popular aqui resuena.

NEMOROSO.

Zagala peregrina,
¿quién no rinde á tus pies el albedrío?
¿Quién como tú, CRISTINA,
mereció de la España el señorío?
Vive; y tu vida de placer colmando,
esposa de FERNANDO,
cien años se renueve, y otros ciento
este halagüeño venturoso dia
que recuerda tu ilustre nacimiento.

GALATEA.

¿Y qué será cuando la ansiada aurora
que en tí casto himeneo ya nos brinda,
en los iberos campos resplandezca?
¿Cuándo de prole, cual su madre linda,
madre feliz el español te aclame,
y lágrimas de júbilo derrame?

NEMOROSO.

No te aflija el recuerdo de la patria;
no ya por las campiñas del Vesubio
suspires, oh CRISTINA;
pues FERNANDO te dió su regio trono,
y plugo al Alto bendecir tu lecho,
y te ofrece la España
un Vesubio de amor en cada pecho.

GALATEA.

Perdona, pastor mio,
perdona si hoy no precia enamorada
al lado de su rubio Nemoroso
la soledad del bosque Galatea.
Hoy que á CRISTINA cantan los zagales,
precio mas el bullicio de la aldea.

NEMOROSO

Vamos, pues, mi pastora;
tornemos al redil nuestro ganado;
volemos de Damon á la cabaña;
y hasta que apague el mar la luz febea,
este dia á CRISTINA consagrado
dia de holganza y regocijo sea.



A la muerte de la señorita Doña María de Zavala *en la flor de sus años.*

ELEGÍA

Dedicada á su esposo Don Miguel de Ortiz.

Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
Ovidio.

Suspende, oh parca, por piedad tu encono.
¿A quién amaga tu segur impía?
¿Qué es un trofeo mas ante tu trono?
No el dolo, no la negra alevosía,
no mancilló jamas torpe desvelo
el angélico pecho de María.
¡Ay! No la pierda el afligido suelo
y en ella de virtudes un tesoro,
y de las gracias el mejor modelo.
¿Quién te pide su muerte? ¿Quién? No el oro
de impaciente heredero la codicia
fuerza á ocultar con fementido lloro;
Que del hado la bárbara injusticia
otro bien no le dió que un alma pura
y de casta coyunda la delicia.
Por mas que resplandezca su hermosura
cual resplandece á los callados mares
luminoso cometa en noche oscura,
Oh vírgenes del lento Manzanares,
decidlo; ni aun la envidia venenosa
se holgaría en el duelo de sus lares.

Merecerla pudiera la enfadosa
despótica hermosura: la modesta
admiracion infunde generosa.

Tal como al despertar de estiva siesta
embelesa al agrícola el sonoro
canto del colorin en la floresta;

Asi, oh María, tu cabello de oro
y ese rostro de amor, que los zagales
ledos cantaban en agreste coro.

«¡Oh feliz sobre todos los mortales,
oh mil veces feliz el que contigo
las antorchas encienda conyugales!»

Asi esclamaban; y por tí, mi amigo,
el codiciado sí dictó su boca
de inocente candor perene abrigo.

Mas ¡ay! severo el hado no revoca
sus decretos jamas; y culpa en vano
su saña el hombre, ó su piedad invoca.

Dueño tú de su amor cual de su mano
en honrosa pobreza sonreías,
y no envidiabas el poder humano.

«¡Cuán veloces, mi bella, repetías,
correr veo á tu lado los que llama
el yermo prócer sempiternos dias!

Al bienhadado esposo que te ama
y es amado de tí ¿qué los honores,
qué valen las riquezas y la fama?

Nuestra mesa frugal orna de flores
la inestimable paz del himeneo,
y mecen nuestro lecho los amores.

El ambicioso en tanto á su deseo
límites no conoce ni en la hora

consagrada al benéfico Morfeo.
 Otro, á quien sed frenética devora
del oro corruptor, á un tiempo mismo
en la miseria gime y atesora.
 Otro llama sublime patriotismo
al furor, á la sangre; y su demencia
de un abismo le hunde en otro abismo.
 Si no brillas conmigo en la opulencia,
con tus virtudes y mi afan contino
la garra esquivarás de la indigencia.
 Ya de mí no está lejos el divino
templo de Témis; y su adusto ceño
en breve depondrá nuestro destino.
 No es mi esperanza fugitivo sueño;
que en mi trabajo y mi saber la fio;
no como el mercader en fragil leño.
 ¡ Dichoso porvenir que el pecho mio
embriaga de contento! ¡Cuán ufano
á la fortuna, al tiempo desafio!
 El hierro tema en el Diciembre cano
el caducante roble, que abandona
al yerto hogar el pródigo verano;
 No el tronco juvenil que, de Pomona
tributario feraz, de opimo fruto
la erguida copa férvido corona.» —
 Asi esclamabas; y el funesto luto
ya la dea infernal te prevenía;
ya demandaba su hórrido tributo.
 ¿ Y habrás de fenecer, bella María?
¿Y antes del cuarto lustro ¡ oh Dios! tu encanto
al orbe robará la losa fria?
 ¿No ha de moverte el angustiado llanto

de un esposo infeliz, Parca tirana?
Huye al profundo reino del espanto.
Si para azote de la estirpe humana
impune ha de vivir el torpe crímen,
impune arrostre tu cuchilla insana;
Y á los ancianos míseros, que gimen
en dolor perdurable, la convierte,
pues con la tumba su penar redimen;
Y á los que, blanco de enconada suerte,
sin bienes, sin honor, sin esperanza,
consuelo fuera la anhelada muerte.—
¡Detente!... ¡Ay triste! Tu rigor no alcanza
á desarmar mi súplica.—.... ¡María!...
Ya el postrimer suspiro al éter lanza.
Ya el albo seno que de amor latía
inmóvil yace, y de sus lindos ojos
se oculta el resplandor en noche umbría.
¡Murió! Lívidos ya sus labios rojos,
pálidas sus mejillas sonrosadas,
Cloto cruel, acrecen tus despojos.
¡Mirad, bellas de Mantua celebradas,
cuán efímero don es la belleza,
y la soberbia deponed postradas!
Gemid, flores, gemid, que la braveza
ya os amaga del Noto; el ancho prado
ya va á cubrir de zarzas y maleza.
¿Qué es del rojo clavel engalanado,
orgullo del pensil? ¡Miradle, oh flores,
miradle ya marchito y deshojado!
Dejad el blando cálamo pastores
hijos de Anfriso, el cisne de Sevilla;
que no os es dado ya cantar amores.

Del mísero consorte habed mancilla;
¡gemid! Y tú, doliente Manzanares,
de funeral cipres orna tu orilla.
El corazon librad á los pesares,
y en endechas Melpómene convierta
los que antes fueron plácidos cantares.—
«¡Ay! ¿Yo respiro aún, y tú eres muerta?
Miguel esclama. Abrid á mi despecho,
negras hermanas, la tartárea puerta.
¡Ay mé! ¿Qué vale en lágrimas deshecho
su nombre repetir, si al aire llamo;
si ya es de mármol su ferviente lecho?
¡Ay mé! Ya no me dice «yo te amo»
su labio de coral. Ya no responde
la tórtola amorosa á mi reclamo.
¿Dónde hallaré á mi mal consuelo? ¿Dónde?
¡Ay¡ Cúbrame tambien la tierra avara
que sus reliquias para siempre esconde.
¿Por qué alejarme de mi esposa cara
bárbara compasion? Mi lloro ardiente
por ventura á la vida la tornara.
¿Y queréis que la mia se alimente
de luto y afliccion, y noche y dia
su dolorida sombra me atormente?
¿Sabeis que en hermosura al sol vencía,
y á par de la belleza en su semblante
la celestial virtud resplandecía?
De nuestra mutua fe tierna y constante
prenda me daba ya su casto seno;
¡y mi placer huyó cual sombra errante!—
Mundo, ya para mí de horrores lleno,
¡á Dios por siempre, á Dios! A mi suplicio

término dé mortífero veneno. — »
¡Miguel! ¿Qué intentas? El supremo juicio
venera de Israel. Guarda la vida,
y tu dolor le ofrece en sacrificio.
La augusta religion sea tu egida:
de la amistad el oficioso anhelo
tarde sin ella sanará tu herida.
Si cabe á tu dolor algun consuelo,
saber lo sea que tu dulce prenda
ya puebla con los ángeles el cielo.
Acaso un dia en bélica contienda
esa vida que juzgas tan amarga
será á la patria generosa ofrenda.
A aquel que en ocio inmundo se aletarga
inútil á sí mismo y al estado,
la vida sea ponderosa carga;
No á tí de noble corazon dotado,
sensible á los halagos de la fama
y en las amenas letras iniciado. —
Al bello objeto de tu pura llama
no empero niegues abundoso llanto;
que amor lo necesita, y lo reclama.
Yo mismo, á su ceniza muelle acanto
y rosas esparciendo, caro amigo,
compañero seré de tu quebranto.
Yo en su sepulcro lloraré contigo.

LETRILLAS ERÓTICAS.

I.

Del ledo Manzanares
en la galana orilla
entre olorosos céspedes
la tierna yerbecilla
pace el cordero cándido,
y con balido trémulo
saluda á la aurora del plácido Abril.

La vid enamorada
al olmo fiel asida
tiende los verdes pámpanos
sobre la copa erguida;
y entre sus brazos lúbricos
retoza el blando Céfiro
nuncio delicioso del plácido Abril

Y en el jardin ameno,
y en el risueño prado
abren las flores vírgenes
el seno embalsamado.
Brota la espiga próvida,
y el impaciente agrícola
entona loores al pródigo Abril.

De Progne ya resuena
el canto apetecido
que en torno gira rápida

del amoroso nido,
y el ruiseñor armónico
en los gigantes álamos
con dulce gorjeo bendice al Abril.

No empero al corderillo,
ni la vid tortuosa,
ni el Cefirillo aligero,
ni la encarnada rosa,
ni la espiga benéfica,
ni los gentiles pájaros
subliman la gloria del plácido Abril.

Tú, mi gentil Rosana;
tú, que á Venus afrentas,
y hasta el paterno piélago
con tus gracias la ahuyentas;
tú, pastora bellísima,
de tantas almas ídolo,
tú eres la gala mas linda de Abril.

II.

Brame el cierzo enhorabuena,
que mal pueden darme pena,
crudo invierno, tus rigores,
cuando me brindan amores
los ojos de mi morena.
Mientras el cañon atruena
las ondas del yerto Escalda
al son de rústica avena

yo canto en la verde falda
los ojos de mi morena.

Amarre á dura cadena
el frances batallador
á la turba sarracena
mientras me llaman señor
los ojos de mi morena.

Mas que en la playa tirrena
tiemblan hombres y ganados
si el Etna abrasado truena,
tiemblo yo de ver airados
los ojos de mi morena.

Mas que la del rico Sena
precio yo tu pobre arena,
Guadalquivir espumoso,
que en ella me hacen dichoso
los ojos de mi morena.

Otros con fragil entena
naveguen en pos del oro
que á la virtud encadena;
yo no; que son mi tesoro
los ojos de mi morena.

¡Oh cómo el alma enagena
en el soto umbrío el canto
de amorosa Filomena!
Pues aun tienen mas encanto
los ojos de mi morena.

¡Oh cómo en noche serena
brilla la luna argentada
que el prado y el monte llena!
Pues la dejan afrentada
los ojos de mi morena.

Si una y otra flor amena
cubren de dulce ambrosía
la artificiosa colmena,
mas dulces son todavía
los ojos de mi morena.

No mas en copiosa vena
lloraré la desventura
á que el hado me condena,
pues dan premio á mi ternura
los ojos de mi morena.

III.

El Sí.

Tus ojos de fuego,
zagala gentil,
amantes revelan
mi suerte feliz;
Y siempre que tierna
los fijas en mí
tu rostro se cubre
de rojo carmin,
¿Por qué desdeñosa
me niegas un Sí?

Si estrecho tu mano
que envidia el jazmin,
no es muda al delirio
que siento por tí.
Si amores te digo,
donoso reir
añade á tu boca
mil gracias y mil.
¡Y en tanto cobarde
me niegas un Sí!

Mas precias mi lado
que al olmo la vid,
que al céfiro leve
capullo de Abril:
Tu pecho lo dice
latiendo por mí,
y el pecho de un ángel
no puede mentir.
Mas siempre me niegas
el plácido Sí.

Finezas te debo
que supo esculpir
por siempre en mi alma
de amor el buril:
Y en vano á tus labios
mil veces pedí
palabras que vuelan
cual viento sutil.
No mas me retardes
el plácido Sí.

Si temes que viole
la fe que te dí;
primero, mi Silvia,
me verás morir.
Si encubrir tu llama
pretendes asi,
ya ves, vida mia,
que es vano el ardid.
Concede á mis ruegos
el plácido Sí.

Mi eterna ventura
pronuncias al fin
que al trono me eleva
del alto Cenit.
Amantes de Silvia,
de celos morid;
que ya enternecida
de verme gemir
Repite halagüeña:
sí te adoro, Sí.

IV.

A la señorita Cornelia Van-Ness, *hija del Ministro de los Estados-Unidos en Madrid.*

¡Salve, gentil zagala,
delicia de este valle!
¡Salve! A tu blando talle
ni el de Ciprina iguala.
Tú rostro nacarado,
tu pie, tus labios rojos,
y esos tan dulces ojos
Amor los ha formado.
Yo sé de mil mugeres
por lindas celebradas
que solo enamoradas
son fuente á los placeres;
Mas tú, raro portento
á quien mi pecho inmolo,
¡ay! con mirarte solo
me embriagas de contento.
Pésame que aun las bellas
cuando hechizas el prado
no lleven á otro lado
la estampa de sus huellas.
Mas aunque á todas vence
tu angélica hermosura,
y tu modestia pura
tal vez las avergüence,
No teman las doncellas
del lento Manzanares:
den tregua á los pesares,
y al llanto y las querellas;

Que absortos los pastores
y mudos como el viento
¡ay! ni tendrán aliento
para decirte amores.

V.

El 8 de Noviembre.

¡Cuan alegre al opaco Noviembre,
que benigno los campos inunda
y el recóndito grano fecunda,
del colono saluda la voz!
No en su reino Aquilon inclemente
por el bosque rezumba y el prado,
ni á los soplos del Noto abrasado
seca muere la espiga precoz.

Ya del arbol tan grato á Minerva
cubre el suelo copioso tributo,
y en los hondos lagares el fruto
yerbe ya de la plácida vid.
Hora que abre la reja acerada
nuevo lecho á la próvida Ceres,
ved á Baco brindar los placeres,
y sus gayos cantares oid.

Ya en la danza que á amores convida
cuando tiende la noche sus alas
en las ricas y espléndidas salas
se solaza la noble ciudad;

Y á las almas con grata armonía
inspirando inefable recreo
brilla el arte divino de Orfeo
que fundó la civil sociedad.

¡Ah! Si todos, pastores y damas,
te bendicen, Noviembre nuboso,
¿qué haré yo en cuyo seno amoroso
derramaste las rosas de Abril?
Hoy há un año; ¡cuán rápido ha sido!,
que perdí para siempre la calma,
y á tus ojos rendí toda el alma,
Silvia hermosa, primor del Genil.

Te miré con asombro y dulzura;
me miraste con risa amigable,
y.... ¿te acuerdas? tu brazo adorable
á mi brazo ¡ay placer! se ligó.
¡Oh Madrid de mi triunfo testigo!
¡Corte escelsa! En tu centro aquel dia
ningun hombre, ninguno veía
mas dichoso, mas grande que yo.

Cinco veces despues que tu boca,
esa boca tan linda, tan pura,
pronunció mi perene ventura
ví de Cintia la antorcha lucir.
Cinco siglos de vida gozamos,
cinco siglos, mi prenda querida;
que el amor, el amor es la vida.
Respirar sin amor es morir.

Mas mi suerte infeliz nos guardaba
de la ausencia el amargo tormento.
¡Oh fatal maldecido momento
que recuerdo con llanto y horror!
¿Qué se hicieron los tiernos coloquios
que anegaron el alma en delicias?
¿Qué se hicieron las mutuas caricias?
¿Qué se hicieron los hurtos de amor?

Si no muero de angustia, mi Silvia,
se lo debo á la firme esperanza;
que en tu pecho no cabe mudanza,
y á mi solo me albergas en él. —
Dia octavo del fausto Noviembre,
tu recuerdo mitiga mi pena
mientras luce la aurora serena
dulce fin á la ausencia cruel.

Lucirá, Silvia mia. En tus brazos
galardon hallará mi martirio;
y en tus ojos veré mi delirio,
mi consuelo en tu boca gentil.
Y de mirto ceñida la frente
cantaremos al Niño vendado,
y por cada tormento pasado
nos dará mil placeres y mil.

VI.

A Laura *tirando al blanco.*

Suelta el arcabuz horrible;
no al lanzar su ronco trueno
hiera ese mórbido seno
grata mansion del amor.
A su bárbaro estallido
nuncio de muerte y miseria
harto las ninfas de Iberia
se estremecieron de horror.

Contra el galo aborrecido,
contra su audaz tiranía
gloria fue, mi Laura, un dia
grabar el hombro con él.
Entonces fue noble gala
del español ardimiento:
¡ay! ya es feroz instrumento
de la discordia cruel.

Bella y gentil es Diana
cuando en el bosque nativo
contra el ciervo fugitivo
lanza su rápido arpon;
¡Empero cuanto mas bella
cuando, depuesta la ira,
amor, solo amor respira
en los brazos de Endimion.

¡Pobre avecilla inocente!
¡Guárdate del plomo airado! —

Laura, en pos del bien amado
salir del nido la ví.
¿Oyes en la verde rama
su deliciosa armonía?
Perdónala, vida mia,
que aprendió á cantar de tí.

Tiro al blanco inanimado,
respondes: nací sensible;
mi pecho es inaccesible
al odio y la crueldad.
Mas si un corazon tan tierno,
oh Laura, en tu pecho mora,
¿cómo es solo quien te adora
indigno de tu piedad?

Callas, y la planta afirmas;
y cual guerrero sañoso
tiendes tu párpado hermoso
sobre el hierro matador;
Y el pedernal centellante
la negra pólvora prende,
y el plomo helado se enciende
con horrísono fragor.—

No mas. Tu destreza admiro
y tu bizarra osadía,
mas ¡ay! suelta el arma impía
que inventara la traicion.
Amor las suyas te entrega,
encantadora zagala,
y por blanco te señala
mi abrasado corazon.

VII.

El Celoso arrepentido.

Vuelve, Filena mia,
vuelve á mis tiernos brazos.
¡Ay! Nunca yo los lazos
rompiera de tu fe!
Aquel terrible instante
detesto ya y maldigo,
Filena, que contigo
sin causa me enojé.

Los celos, sí, llagaron
mi enamorado seno
cual pérfido veneno,
cual hórrido puñal,
Al ver, ¡triste recuerdo!,
que en la floresta umbría
tu labio sonreia
á Licas mi rival.

Y tú del importuno
donosa te burlabas,
que aun no le contemplabas
digno de tu rigor.
Y yo ciego y perdido,
y mas que Licas necio,
la risa de desprecio
risa juzgué de amor.

¿Mas por qué á tus disculpas
cerré yo las orejas

cuando en amargas quejas
airado prorumpí?
¿Cuál estrella el imperio
robó á tu dulce llanto?
Filena, ¿cuál encanto
me separó de tí?

«Lancemos, yo esclamaba
del triunfo satisfecho,
lancemos ya del pecho
la imágen de esa infiel.
No ya engañado cifre
mi gloria en ser su amante;
no ya sus gracias cante
pulsando mi rabel.

Otro se llame esclavo
del pérfido Cupido,
y á torpe yugo uncido
le inmole su virtud.
De una muger voluble
otro el juguete sea;
y entre tormentos vea
volar su juventud.

Traidora, no tu huella
loco de amor siguiendo
alimentar pretendo
tu necia vanidad.
No mas á tus altares
ofreceré despojos;

que ya es solo á mis ojos
bella la libertad.

Cuando su negro velo
tienda la noche fría
no ya como solía
tu choza enramaré.
No ya en el alto fresno
las tardes del estío
tu nombre junto al mio
gozoso grabaré.

No mas á tu regalo
quiero ofrecer, ingrata,
ya la sabrosa nata,
ya el blanco recental;
Ni robaré panales
de hoy mas para Filena
de noche en la colmena
de Aliso el mayoral.

Las mános que ciñeron
con rosa y siempre-viva
tu frente, mas altiva
que cándida y gentil,
Verás, cual garza leve
cortando el aire mudo,
lanzar peñasco rudo
mil pasos y otros mil.

Yo aquel que en muelle césped
dormía embebecido

al trino repetido
de tu melosa voz.
Con arcabuz armado
purgar el monte espero
del lobo carnicero,
del jabalí feroz.

En mas que tus amores,
ponzoña para el alma,
de intrépido la palma
de hoy mas apreciaré;
Y entre vino y aplausos
de la admirada plebe
la vida menos breve,
mas leda pasaré.»

Tal dije, y por el bosque
lejos de tí corría;
y siempre te veía,
Filena, en torno á mí.
Do quiera tu retrato
natura me trazaba;
do quiera que miraba,
allí Filena, allí.

El impaciente nauta
tendiendo el ancha vela
no de otra suerte anhela
sin viento navegar;
Que eterna ante sus ojos
yace en la calma estiva
la adusta roca altiva
que intenta superar.

Si en el umbrío soto
el ruiseñor cantaba
tu canto me acordaba
mas blando para mí.
Mas plácida Filena,
al alba yo decia,
mas plácida reía
cuando me dijo: Sí.

Mas que esa palma es leve
su lúbrica cintura
su boca muy mas pura
que el limpio manantial.
¿Qué valen los jazmines?
¿qué vale la azucena?
mas blanco es de Filena
el pecho celestial.

Crecido el turbio Tajo
rompe, destruye, anega
los árboles, la vega,
los muros, la ciudad;
Mas al anciano cáuce
retorna mal su grado
no bien se ha serenado
la negra tempestad.

Así yo en la borrasca
de mi pasion celosa
á tu cariño, hermosa,
ufano renuncié;
Mas rota ya la venda

que me cegó, le imploro,
y á mi Filena adoro
cual nunca la adoré.

¡Ay simple! Ya tocaba
á la suprema gloria;
de mirtos la victoria
ceñía ya mi sien. —
Quizá ya no recuerdes,
dulce Filena mia,
que me llamaste un dia
tu idolatrado bien.

Perdona si culpado
tus gracias ambiciono.
No sea mas tu encono
que mi locura fue.
Nunca en mi pecho, nunca,
lo juro por los cielos,
la sierpe de los celos,
Filena, abrigaré.

Por ese pie divino
que con mi llanto riego
perdóname, te ruego;
que arrepentido estoy.
De nuevo te consagro
mi vida y mi albedrío. —
Perdóname, bien mio;
que lloro.... y hombre soy.

Dame á besar tu diestra
envidia de Citéres,

Filena, si no quieres
que espire de dolor;
Y vuelve á mí propicia,
vuelve ese rostro amable;
que amor perdona afable
los yerros del amor.

VIII.

A Silvia *ausente.*

No me conduzcas, Mireno,
al baile de Galatea.
El dolor yace en mi seno,
y él solo me lisongea.
Déjame en triste retiro;
que hoy es la fiesta de Silvia
y ausente de ella suspiro.

Contra el ardiente verano
tus ondas no busco, oh Betis.
Si ayer te miraba ufano
correr al lecho de Tetis,
con tedio y horror te miro
hoy que es la fiesta de Silvia,
y ausente de ella suspiro.

Sol, que me alumbraste un dia
de la fortuna en la cumbre,
aunque nuncio de alegría
al mundo sea tu lumbre,

ni me agradas, ni te ádmiro
hoy que es la fiesta de Silvia,
y ausente de ella suspiro.

Ni me encanta en verde soto
el aura leve y serena.
Mas precio al furor del Noto
ver una nube de arena
revolar en raudo giro
hoy que es la fiesta de Silvia
y ausente de ella suspiro.

No tu delicioso canto,
Filomena enamorada,
será rémora á mi llanto.
Perdona, rosa encarnada,
si tu aroma no respiro;
que hoy es la fiesta de Silvia
y ausente de ella suspiro.

Aun para la gloria muerto
en tormento tan cruel,
ni á pulsar la lira acierto,
ni del sagrado laurel
á ceñir mi sien aspiro,
hoy que es la fiesta de Silvia
y ausente de ella suspiro.

IX.

La niña enferma.

Es tanto mi desconsuelo
que no hay cosa que me cuadre.

Todo me fastidia, madre....
menos mi primo Antoñuelo.
Yo lloro, yo clamo al cielo;
yo me impaciento, yo rabio,
y... ya lo veis; de mi labio
desaparece el color.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

Ya no toco la pandera
con inocente alegría:
ya no soy como solía
la gala de la pradera.
Me tiene de tal manera
el mal que en vano reprimo,
que, á no bailar con mi primo,
aun el baile me da horror.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

No precio ya la dulzura
del albérchigo amarillo,
ni el canto del gilguerillo,
ni del prado la verdura.
De mi tenaz calentura
me seca el rudo martirio,
como al azulado lirio
seca el cierzo asolador.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

Cesa la angustia mortal
que en flor mis años devora

cuando gime una pastora
quejosa de su zagal;
y por influjo fatal
de la dura estrella mia
cuando hay boda en la alquería
se acrecienta mi dolor.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

Desnudo el llagado pecho
hasta que la aurora brilla
doy vueltas como una ardilla
sobre el solitario lecho.
Si un instante á mi despecho
Morfeo el reposo envia,
sueño.... Yo bien lo diria,
pero me causa rubor.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

No me veais de esta suerte
bajar á la sepultura.
Mirad que la calentura
es cada dià mas fuerte.
No mi dolorosa muerte
os cubra de amargo duelo;
y aunque tal vez Antoñuelo
me curaria mejor,....
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.—
¡Ay madre! Que venga, que venga el doctor.

LETRILLAS SATÍRICAS.

I.

Verdades á troche y moche
fulmina Juan á cualquiera,
ya vaya á pie ó tenga coche;
mas, aunque tanta virtud
confusa mi alma venera,
¿prosperará de ese modo?
Dios sobre todo.

Si alguno le mira y rie
se enciende Claudio en furor:
fuerza es que le desafie
porque mirar á un valiente....
¿Y no merece mejor
de temerario el apodo?
Dios sobre todo.

Ese nuevo potentado
que, gracias á su muger,
hoy se ve tan entonado;
si llega un triste á su puerta,
¿se acordará de que ayer
arrastraba por el lodo?
Dios sobre todo.

Piensas tú que don Valerio,
cuando este mundo mezquino
es un puro gatuperio;

aunque pueda acreditarlo
con añejo pergamino,
¿viene de linage godo?
Dios sobre todo.

¿Quién será mejor cristiano:
aquel que cifra su gloria
en ser dadivoso, humano;
ó el que reza y no socorre,
aunque sepa de memoria
el Génesis y el Exodo?
Dios sobre todo.

¿Qué fin se propone Rita,
moza de garbo y salero,
cuando servir solicita,
y no hay en la corte casa
sino es de señor soltero
en donde encuentre acomodo?
Dios sobre todo.

Aquel administrador
su plata mide á quintales.
¡Qué opulencia! ¡Qué esplendor!
¿Le cayó la lotería;
ó bien en las arcas reales
metió la mano hasta el codo?
Dios sobre todo.

¿Serán dinero contante
de un ministro la sonrisa,
los cuentos de un navegante,

los suspiros de un poeta,
las lágrimas de Belisa,
las promesas de un beodo?—
Dios sobre todo.

II.

De una muger zalamera
que su amor quiera probar
diciéndome sin cesar
« consuelo mio, mi prenda »
Dios me libre y me defienda.

De escuchar á un majadero
mientras le dan de cenar
deletreando asesinar
de Cervantes la leyenda,
Dios me libre y me defienda.

De fiarme en un chismoso
que, si hoy lo es en mi servicio,
mañana su mismo vicio
le hará tambien que me venda,
Dios me libre y me defienda.

De esos que apuestan por todo,
y escupen por el colmillo,
y hablan de onzas á porrillo
con insolente fachenda,
Dios me libre y me defienda.

De creer yo que en la corte,
aunque alli todo es error,
de la pobreza el olor
á cien varas no trascienda,
Dios me libre y me defienda.

De dudar yo que en la guerra
ganan muchos un balazo
que les tronche pierna ó brazo,
y pocos una encomienda,
Dios me libre y me defienda.

Eso de ir por el atajo
suele ser un desatino,
de dejar el real camino
por la enmarañada senda,
Dios me libre y me defienda.

Aunque sean mas hermosas
que la diosa de Citeres,
de acompañar á mugeres
cuando van á alguna tienda,
Dios me libre y me defienda.

De creer que un palaciego
mas que á la viuda llorosa,
si es oji-negra y hermosa,
al pobre inválido atienda,
Dios me libre y me defienda.

De imaginar que Tiburcio
con leer solo el *Rengifo*,
como á hacer un *logogrifo*

á hacer poemas aprenda
Dios me libre y me defienda.

De quererme enemistar
jamas con un escribano,
ó con alguacil villano
que por venganza me prenda,
Dios me libre y me defienda.

De un criticon, cuya envidia
contra mis versos le arme,
y se empeñe en censurarme
tal vez porque no me entienda,
Dios me libre y me defienda.

Aunque mi padre le abone
y un santo me lo aconseje,
de que otro me la maneje,
si Dios me la da, mi hacienda,
Dios me libre y me defienda.

De creer que un jugador
deje las cartas traidoras,
aunque me haga á todas horas
propósito de la enmienda,
Dios me libre y me defienda.

De dudar yo que es muy raro
y merece eterna palma
el que tiene bella el alma
teniendo la cara horrenda,
Dios me libre y me defienda.

De aprisionar el dinero
 por temor de infausta suerte
 á riesgo de que la muerte
 sin gastarlo me sorprenda,
  Dios me libre y me defienda.

De médico y boticario,
 de hombre cominero y ruin,
 de muger que hable en latin,
 y de caballo sin rienda,
  Dios me libre y me defienda.

III.

Tanta es niña mi ternura
que no reconoce igual.
Si tuvieras un caudal
comparable á la hermosura
de ese rostro que bendigo,
Me casaría contigo.

Eres mi bien y mi norte,
graciosa y tierna Clarisa;
y á tener tú menos prisa
de llamarme tu consorte,
pongo al cielo por testigo;
Me casaría contigo.

¿Tú me idolatras?—Convengo.—
Y yo, que al verte me encanto,
si no te afanaras tanto
por saber que sueldo tengo
y si cojo aceite ó trigo,
Me casaría contigo.

A no ser porque tus dengues
ceden solo á mi porfía
cuando, necio en demasía,
para dijes y merengues
mi dinero te prodigo,
Me casaría contigo.

A no ser porque recibes
instrucciones de tu madre,

y es forzoso que la cuadre
cuando me hablas, ó me escribes,
ó me citas al postigo,
Me casaría contigo.

Si, cuando solo al bandullo
regalas tosco gazpacho,
haciendo de todo empacho
no tuvieras mas orgullo
que en la horca don Rodrigo,
Me casaría contigo.

Si despues de estar casados
en lugar de rica hacienda
no esperase la prebenda
de tres voraces cuñados
y una suegra por castigo,
Me casaría contigo.

Si, conjurando la peste
que llorar á tantos veo,
virtudes que en tí no creo
de cierto signo celeste
me pusieran al abrigo,
Me casaría contigo.

Prende otro novio en tu jaula,
y Dios te dé mil placeres;
porque yo, que sé quien eres
y he conocido la maula,
sin rebozo te lo digo:
No me casaré contigo.

IV.

Siempre que tiene una broma
el señor don Juan, me olvida
como si estuviera en Roma;
¡y á un entierro me convida
para matarme de pena!
Sea enhorabuena.

Despues de melindres mil
canta Celestina el duo
que le han puesto en el atril;
y aunque canta como un buho
todos la llaman Sirena.
Sea enhorabuena.

Cien abejas sin reposo
labrando á porfia están
el dulce panal sabroso. —
¡Ay que un zángano holgazan
se ha de tragar la colmena!
Sea enhorabuena.

El hombre á su semejante
mueve guerra furibundo,
cual si no fuera bastante
para despoblar el mundo
el escuadron de Avicena.
Sea enhorabuena.

Hay en España usureros,
hay esbirros á montones,

y chalanes y venteros;
¡y dicen que los ladrones
están en Sierramorena!
Sea enhorabuena.

En vano á tu puerta, conde,
llegan los pobres desnudos,
que el perro solo responde;
¡y gastas dos mil escudos
en un baile y una cena!
Sea enhorabuena.

Basta por hoy de sermon.
Aquí mi pluma suspendo
hasta mejor ocasion.
Si el vicio en vano reprendo,
y escribo sobre la arena,
Sea enhorabuena.

V.

¿He de ser yo tan avanto,
Luisa, que crea en tu llanto
cuándo sé que eres muger,
y que por un alfiler
que se te caiga del manto
con la misma angustia lloras?
Exi foras.

¿Yo, porque en desgracia esté,
desesperarme? No á fé;
no haré yo tal, ¡buena gana!;
que arrepentirme mañana
de mi hazaña no podré
si hoy me sepulto en el Tibre.
Dios me libre.

Cuando tanto pedanton
escribe sin ton ni son,
¿yo creer que un libro es bueno
porque veo un muro lleno
con el amplio cartelon
que me pondera su anuncio?
Abrenuncio.

¿Me quería á mí engañar
cuando solia esclamar
mi abuelo: siempre has quebrado
soga, por lo mas delgado,
y siempre se ha de tragar
el grande pez al pequeño?
Ni por sueño.

Por sabio que sea un Rey
es el hombre mala grey
y el reinar es mucho afan;
y pues dice aquel refran
«bien se lame suelto el buey»,
¿yo suspirar por un cetro?
Vade retro.

Si marido llego á ser
cargaré con mi muger,
porque es justo y no hay escape;
¿pero con mi suegra? zape;
que eso sería meter
dentro de mi casa al diablo.
Guarda Pablo.

Decir piropos y flores
á una bella, y sus favores
galante solicitar,
lo haré mientras pueda andar;
¿pero morirme de amores
como se murió Macías?
No en mis dias.

VI.

Si á ser cortejo se humilla
  Luis de una vieja infernal,
  y aunque murmure la villa
  poco le importa, con tal
  que la bruja le mantenga;
    Allá se las avenga.

Si el pico y el azadon
  no puede Gil soportar,
  y prefiere ser ladron
  sabiendo que ha de llevar
  calcetines de Vizcaya;
    Allá se las haya.

Si, sabiendo don Antonio
  que de olerla se emborracha,
  aunque le lleve el demonio
  apenas ve la garnacha
  no hay freno que le detenga;
    Allá se las avenga.

Si su casa y su muger
  deja en abandono Blas,
  y curioso de saber
  lo que pasa en las demas
  está siempre de atalaya;
    Allá se las haya.

Si se ha dejado arruinar
  por su muger don Simon,

y, en vez de hacerla empalar,
en tirar por un balcon
lo que ha quedado se venga;
Allá se las avenga.

Si, por un prurito necio
de vestir con mas primor,
no ignorando su alto precio
vende Juliana el honor
para comprar una saya;
Allá se las haya.

Si hay hombre que da en reñir
en obsequio de su amada,
y se espone á recibir
en el pecho una estocada
por los caprichos de Menga;
Alla se las avenga.

Si en todo quiere dar gusto
á Juana la marrullera
el mentecato don Justo,
porque teme que se muera
cuando llora y se desmaya;
Allá se las haya.

Juan no quiere escarmentar
y gasta su juventud
en hediondo lupanar:
pues bien, á perder salud,
dinero y fama se atenga.
Allá se las avenga.

Si á Perico el caprichoso,
  que no hay cosa que le cuadre,
  sobre ser ruin y chismoso
  le mima tanto su madre
  que ya pasa de la raya;
      Allá se las haya.

Si, creyendo con dulzura
  á su muger corregir,
  el bueno de don Ventura
  se contenta con gruñir
  y á palos no la derrenga;
      Allá se las avenga.

El señor que á su criado
  se complace en maltratar,
  sin conocer el menguado
  que le puede envenenar
  con una copa de andaya;
      Allá se las haya.

Mas que saber y hermosura
  y virtud puede el dinero.
  Todo el orbe lo asegura;
  y si hay algun majadero
  que lo contrario sostenga;
      Allá se las avenga.

Si don Claudio su tesoro
  fiar al piélago intenta,
  y cuando Aquilon sonoro
  anuncia negra tormenta

no se está quieto en la playa;
Allá se las haya.

Quien posible haya juzgado
que hambriento administrador
sino cobra de contado
sea fiel á su señor,
y de robarle se abstenga;
Allá se las avenga.

Marcos, ridículo y feo,
casó con Flora divina.
Ella siempre de bureo,....
él remando en la oficina....
No es forzoso.... Vaya, vaya;
Allá se las haya.

VII.

¡Oh que tonto es don Andres,
que gasta el oro sin tasa,
y arruina tal vez su casa
por titularse marques
y ponerse cruz al pecho!
Buen provecho.

Toda una noche bailando
pasa Luis. ¡Necia manía!
¿Cuánto mejor estaría
á pierna suelta roncando
en caliente y blando lecho?
Buen provecho.

¡Oh avaricia siempre ciega!
¡Que se esponga don Cenon
á perder fama y baston
por ganar media talega
en un infame cohecho!
Buen provecho.

Clara, ¿y de tí qué diré
si con muleta te veó
por llevar en el paseo
sobre largo y ancho pie
zapato corto y estrechó?
Buen provecho.

¿Posible es que don Geromo,
aunque ve menguar sus rentas,

cuando viene á darle cuentas
su rollizo mayordomo
firme como en un barbecho?
Buen provecho.

Casose Fabio con Juana
sin tener un solo ochavo;
mas ¡la amaba tanto .. ¡Bravo!
¡Viva el amor! Si mañana
se colgare de despecho,
Buen provecho.

Si quiere usted, camarada,
con toros entrar en lid,
cuando al mejor adalid
le alumbran una cornada
por el costado derecho;
Buen provecho.

Si en busca de un gazapillo
que cuesta poco en la plaza
sale don Martin á caza
y vuelve con tabardillo,
bien: su gusto ha satisfecho.
Buen provecho.

Si cuando menos lo espera
se le hunde la casa á Anton
por no gastar un doblon
en reparar la gotera
que abrió una rata en el techo,
Buen provecho.

Si leyendo esta letrilla
esclama un leetor adusto:
¡Pésimo estilo! ¡Mal gusto!
Mas graciosa y mas sencilla
mi pluma la hubiera hecho,
Buen provecho.

VIII.

Dulce y amable Belisa,
con su plácida sonrisa,
con su rostro enardecido,
con su gracia en el cantar,
con su lánguido mirar;
¿qué es lo que quiere?—*Marido.*

Marta, esquiva y desdeñosa
por parecer virtuosa,
que todo en ella es fingido;
cuando dice á cada instante:
«no quiero tener amante»
¿qué quiere tener?—*Marido.*

Manda siempre Nicolasa
en sus padres y en su casa,
siempre es su gusto cumplido,
gasta á montones el oro;
y aun se anega en triste lloro;
¿pues qué le falta?—*Marido.*

¿Se trata de matrimonio?
dijo Inés, pues Diego, Antonio,

Pedro, Juan, alto, encogido,
lindo, féo, turco, godo,...
con cualquiera me acomodo.
El caso es tener *marido.*

Tanto acicalarse Juana,
gastar toda la mañana
en componerse el prendido
y en apretarse el corsé....
Vamos, bien claro se vé
que Juana busca *marido.*

¿Qué pretenderá Marcela
abonada en la cazuela
y luciendo el pie pulido
en tienda, calle, paseo,
circo, baile y jubileo? —
Yo te lo diré: — *Marido.*

En vano ha tomado Paca
los baños de Carratraca.
Cien doctores han venido:
ninguno á curarla atina. —
Ni ha menester medicina. —
¿Pues qué ha menester? — *Marido.*

¿Qué querrá doña Matea,
que espanta de puro fea
y aun no renuncia á Cupido,
y da bailes y conciertos,
y mesas de cien cubiertos? —
Claro está: quiere *marido.*

Con tanto rezar Martina,
con su ayuno y disciplina,
con su rostro compungido,
su Biblia, su Año cristiano,
y su hábito franciscano,
¿qué pide al cielo?—*Marido.*

La constante y la coqueta,
la que ha nacido discreta,
y la que simple ha nacido,
la duquesa, la fregona,
la joven, la sesentona;—
todas rabian por *marido.*

IX.

Cuando era un pelufustan
que mendigaba mi sopa
¡cuál me estimaba Beltran!
Mas hoy que con viento en popa
por esa mar palaciega
diplomático navega,
no me habla su *Señoría*.
¿Y no quieres que me ría?

Dió gran cena don Clemente
que, aunque insigne majadero,
es gastrónomo escelente
y tiene buen cocinero.
Sandeces dijo á millones,
mas la turba de gorrones
¡con qué fervor le aplaudia!
¿Y no quieres que me ría.

El vulgo estúpido piensa
que es sabio don Juan Perales
porque tiene entre cristales
una librería inmensa.—
¡Por vida del Cancerbero!
¡Si no sabe el majadero
ni siquiera ortografía!
¿Y no quieres que me ría?

El hijo de don Facundo,
que merecía una leva
por zoquete y vagabundo,

en las tertulías se lleva
la universal atencion
porque baila un rigodon
con destreza y gallardía.
¿Y no quieres que me ría?

Sin ser dueño de un ochavo,
sin mas talento que un roble,
ni mas corage que un pavo,
blasona don Gil de noble.
Dice bien: noble ha nacido.—
¡Vaya! Está muy engreido
con su rancia baronía.
¿Y no quieres que me ría?

Yace en el polvo la Iliáda,
luz y ornato de la Grecia.
Se celebra una *charada*
y á *Melendez* se desprecia.
A un pedanton, chapucero,
mal traductor, ruin coplero
llaman hijo de Talía.
¿Y no quieres que me ría?

Un tiempo anhelaba Roma
no mas que pan y circenses:
ópera aunque no se coma
piden hoy los matritenses.
Solo al músico se premia;
que es ya en Madrid epidemia
de la solfa la manía.
¿Y no quieres que me ría?

A su muger, don Alejo
tiene por una Susana,
aunque muda de cortejo
dos veces á la semana;
y si alguno en lo mas leve
á censurarla se atreve,
sañudo le desafía.
¿Y no quieres que me ría?

De cincuenta años Inés
con un mancebo se casa
que ayer cumplió veinte y tres.
Ridículo amor la abrasa;
y porque es pingüe su dote
piensa con tal monigote
vivir siempre en armonía.
¿Y no quieres que me ría?

Él la jura amor eterno
cuando la vende su mano.
¡Qué fenómeno! El invierno
se casa con el verano.
Aun mas. Llamándola bella
diz que se casa con ella
por amor y simpatía,
¿Y no quieres que me ría?

El amigo don Pascual,
que exige de su consorte
eterna fe conyugal,
fruta muy rara en la corte;
el pan y el amor la niega,

y ora al garito se entrega,
ora á torpe mancebía.
¿Y no quieres que me ría?

Juró amor en el terrero
doña Isabel á don Bruno;
otro tanto á don Antero
le juró en el desayuno,
y á otros dos en el teatro.
Pues la tienen todos cuatro
por incapaz de falsía.
¿Y no quieres que me ría?

No sale Juana á la calle
sin que admiren necios mil
la elegancia de su talle,
su cabellera gentil.
Pues peluca y *polisson*
se lo trajo un faeton
de Paris el otro dia.
¿Y no quieres que me ría?

De su amiga Sinforiana
dijo mil pestes Lorenza:
tratola de ruin, villana,
sin talento y sin vergüenza.
Vino luego; y la besó
con tanto ahinco, que yo
pensé que se la comía.
¿Y no quieres que me ría?

El hijo de un mal barbero
hoy es un grande señor,

por intriga, ó por favor,
que averiguarlo no quiero.
Ni un cuarto á su padre da;
pero avergonzado está
de verle con la vacía.
¿Y no quieres que me ria?

El cínico don Trifon,
que viste de lana burda,
y duerme en una zahurda
sobre un ético gergon,
las onzas cuenta á millares;
en viñas y en olivares
tiene media Andalucía.
Y no quieres que me ria?

Mira á aquel momio vejete
tan galan como un Cupido,
tan bailarin y aturdido
como cualquier mozalvete.
Aun la quiere echar de potro
con un pie y parte del otro
dentro de la tumba fría.
¿Y no quieres que me ria?

Ese maldito usurero,
que ciento por ciento gana,
y por grangear dinero
pondria en venta á su hermana,
reza á San Pedro, á San Juan,
á San Cosme, á San Damian,....
á toda la letanía.
¿Y no quieres que me ria?

¿Don Luis? ¡Noble caballero!
¡Qué comedido! ¡Qué afable!
Mejor sugeto no es dable
hallar en el mundo entero.—
¿Sí? Pues ahí donde le ves,
á dos gobiernos ó tres
ha servido ya de espía.
¿Y no quieres que me ría?

Ya está visto que este mundo
es un continuo sainete.
No es filósofo profundo
quien á enmendarlo se mete.
Por mi parte asi lo entiendo;
y pues á ninguno ofendo,
déjame por vida mia,
deja, Fabio, que me ría.

X.

Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Ay, que dí mi corazon
á una bella presumida,
tan frívola que me olvida
por bailar un rigodon!
Esta tirana pasion
me aflige y me desespera.—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Piedad de mí mentecato
que, porque rica la ví,
á una vieja me vendí
que padecia de flato;
y se murió *abintestato*
en la semana primera.—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

Anoche ¡oh suerte fatal!
por seguir una *judía*
perdí el oro que tenía
en un garito infernal;
y, amen de eso, hasta el portal
rodé luego la escalera.
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Ay, que en los brazos de Elisa,
que rie de mi afliccion,
me he dejado la opinion,
la salud y la camisa!
Hoy todo el mundo me pisa:
¿quién ayer me lo dijera?—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Ay, que por llamar cornudo
á un ricacho, que lo es,
en la carcel como ves
me voy quedando desnudo!
Y gracias que no saludo

el Peñon de la Gomera.—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Ay! Mi marido Beltran,
despues que en celos me abrasa,
me da los palos sin tasa
y por adarmes el pan.
¡Maldito sea mi afan...
Mejor me estaba soltera.—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

¡Ay, cuán mísero he nacido!
Oigo riña, aprieto el paso;
llego, grito, no hacen caso;
y cuando á la paz convido
un garrotazo perdido
viene á abrirme la mollera.—
Quien no quiera polvo
no vaya á la era.

XI.

Amarilla sale Inés
de su lecho hospitalario,
y, gracias al herbolario,
cuando viene don Andres
ya está como una amapola.
Ruede la bola.

Responde con ceño adusto
aquel baron displicente
al clamor del indigente;
pero se pasma de gusto
cuando oye tocar la viola.
Ruede la bola.

Ayer me amó Clori bella,
y hoy me mira con desprecio.
Y ¡qué! ¿Seré yo tan necio
que en la garganta por ella
me dispare una pistola?
Ruede la bola.

La que hoy vende alcarabea
fue ayer señora eminente;
y, gracias á un intendente,
hoy tiene coche y librea
la que ayer era manola.
Ruede la bola.

Mientras abunde la feria
en dijes ultramontanos,

no os apureis castellanos.
No importa que en la miseria
gima la industria española.
Ruede la bola.

Amor es cebo engañoso,
es guerra, es potro, es veneno...,
pero algo tendrá de bueno
cuando el hombre su reposo
y su dinero le inmola.
Ruede la bola.

Ves la cara de Beatriz
que haria pecar á un Santo,
ves de su talle el encanto;
y no ves la cicatriz
que se tapa con la gola.
Ruede la bola.

¿Estudiar? No, que me aburro;
dijo Fabio. A buena cuenta
un millon tengo de renta.
¿Qué importa que para burro
solo me falte la cola?
Ruede la bola.

¿Es limpia Isabela? — No. —
¿Ama á su esposo? — Bobada. —
¿Cuida de sus hijos? — ¡Nada! —
¡Pero qué bien baila! — ¡Oh!
Para eso se pinta sola. —
Ruede la bola.

¡Cuál gimes, pobre virtud!
Vicio, ¡cuál es tu insolencia! —
¿Mas qué se ha de hacer? Paciencia.
Mientras yo tenga salud
y llene bien la bartola,
Ruede la bola.

XII.

Juana vive de coser,
que es muy honrada muger
y nunca ha tenido amantes. —
¿Pues quién paga los brillantes
y el abono en la cazuela? —
Que se lo cuente á su abuela.

Aquel hinchado señor
sin virtudes ni valor
pretende al mundo admirar
porque luce en un villar
galones y escarapela. —
Que se lo cuente á su abuela.

Como está sin capa Gil
en Enero va de Abril,
y echándola de valiente,
aunque dé diente con diente,
no se arrima á la candela. —
Que se lo cuente á su abuela.

Un bulto de mal agüero
tiene Luisa en el garguero;

y ella dice con candor:
«esto no es nada. Calor....
Un ramo de erisipela......»
Que se lo cuente á su abuela.

Víctima de un pisoton
ve las estrellas Anton;
y al oir: perdone usté,
responde: no, no hay de que,
y se ríe aunque le duela.—
Que se lo cuente á su abuela.

¡Oh delicia! esclama Juan
azucarado galan.
¡Con qué gozo, prenda mia,
rondando tu celosía
paso las noches en vela!—
Que se lo cuente á su abuela.

De un risible pundonor
acérrimo defensor,
«es vileza, dice Roque,
no abrir el pecho á un estoque
por la menor bagatela.»—
Que se lo cuente á su abuela.

El parásito Fabricio
dice al ricacho Simplicio
que mata su hambre canina:
«no tu espléndida cocina;
tu amistad mi pecho anhela.»—
Que se lo cuente á su abuela.

Juan Perez, triste peon
que á riesgo de un empellon
con piedras y barros lidia,
dice que no tiene envidia
al que gasta carretela.—
Que se lo cuente á su abuela.

Quien diga que un sastre solo
en cuanto ilumina Apolo
no ha de robar todo el año,
sino en la hechura y el paño,
en botones y entretela;
Que se lo cuente á su abuela.

«Qué carta tan bien sentida
la de mi Anarda querida!
¡Qué ternura de muger.»!—
¡Pobre mentecato! Ayer
la copió de una novela.
Que se lo cuente á su abuela.

¡A duro la muselina!—
A usted por ser mi vecina
le rebajo un real en vara.—
¿A diez y nueve? Es muy cara.—
Pues mas me costó la tela.—
Que se lo cuente á su abuela.

Blas me adora.—Sí lo creo.—
Y tan rendido le veo,
que jura serme constante
aunque mi lindo semblante

desfigure la viruela. —
Que se lo cuente á su abuela.

El que me diga que un hombre,
aunque su paciencia asombre,
da con gusto su dinero
al maldecido barbero
que le ha sacado una muela,
Que se lo cuente á su abuela.

Dorila la cortesana
se casa en esta semana
con el bobo don Gabriel. —
¿Y está enamorada de él? —
Dice que sí. — Pues no cuela. —
Que se lo cuente á su abuela.

XIII.

¿Creeis que si alaba tanto
el versátil don Crisanto
á aquel grave mandarin,
lo hace solo con el fin
de conseguir un empleo?
Sí creo.

¿Creeis que el hombre que cuenta
diez mil escudos de renta
al mas bizarro galan
desbancará sin afan
aunque él sea tonto y feo?
Sí creo.

Aunque tan de moda está
el *do*, *si*, *la*, *sol*, *mi*, *fa*,
¿creéis que puede un hidalgo
por sí mismo valer algo
sin entender el solfeo?
Sí creo.

Creedlo, que no es mentira:
pronto por otra suspira
á cien leguas un amante,
aunque jure ser constante
en uno y otro correo.
Sí creo.

¿Creeis que el necio de Fabio,
aunque diga que le agravio,

se llama en valde poeta
porque hilvana una cuarteta
cuando le inflama Liéo?
Sí creo.

¿Creeis que, sin intencion
de atender á la funcion,
solo por lucir su traje
y su canezú de encaje
va Rosita al coliseo?
Sí creo.

¿Creeis que tanto rigor
no mostraría Leonor
y muchas hijas de Adan
sino fuera el *qué dirán*
rémora de su deseo?
Sí creo.

¿Creeis vos que aqui y en Roma
no dá mérito un diploma,
ni talento un calepino,
ni valor un pergamino,
ni virtudes un manteo?
Sí creo.

¿Creeis que juega Luisillo
con don Froilan al tresillo,
porque es linda su muger,
y el truan aspira á hacer
el papel de Cirineo?
Sí creo.

Aunque se ponga encarnada,
¿creeis que en agua rosada
se baña la zalamera,
cuando al subir la escalera
las ligas á Juana veo?
Sí creo.

¿Creeis que, escepto la olla,
todo en el mundo es bambolla,
y que mas suele medrar
quien mejor sabe engañar?—
¿Lo creeis?—¡Oh! Sí lo creo.—
Laus Deo.

XIV.

Pretender que venturoso
se juzgue torpe usurero
aunque de inútil dinero
llene su arcon hasta el colmo,
Es *pedir peras al olmo.*

Pedir á una viuda linda
que no se asome al balcon,
y se pudra en un rincon
sollozando por el muerto,
Es *predicar en desierto.*

Trabaje, trabaje, hermano,
y sacuda la pereza;
que no saldrá de pobreza
maldiciendo su fortuna.
Eso es *ladrar á la luna.*

No te quedes sin cenar
cuando riñas con Inés
por darle pesar. ¿No ves
que eso es *echar*, majadero,
la soga tras el caldero?

Limitarse á suspirar
habiendo en la corte blondas,
confiterías y fondas,
es no entender á las damas;
es *andarse por las ramas.*

Pedir que no mienta á un sastre,
que no finja á una muger,
que no robe á un mercader,
y que no jure á un sargento;
eso es *arar en el viento.*

Pedir perdon á quien lea
tu librejo, Bonifacio,
en un humilde prefacio,
es lo mismo que *enseñar*
la horca antes del lugar.

Con satirillas vengarse
de un ilustrado censor,
es ser ingrato á un favor,
es ser ruin, ser indio bravo,
y *apearse por el rabo.*



ROMANCES ERÓTICOS.

I.

Mi patria.

Cerca del Ebro caudal
linde del suelo navarro
y no lejos de tu falda,
encanecido Moncayo;
Junto á la vega sombría
donde los muros se alzaron
de la inmortal Calahorra
que aun maldice á los romanos;
A la sombra de una peña,
que desafía á los austros,
se asienta la humilde villa
do ví mis primeros años.
Quel es su nombre, harto pobre;
bien que de dones colmado
á alguna ciudad soberbia
honrar pudiera su campo.
Las claras ondas le bañan
del apacible Cidácos,
cuyas plácidas riberas
son de Castilla regalo.
Alli viciosa la grama,
de la oveja dulce pasto,
crece en el valle frondoso
y en el ameno collado.

Allí entre la mies dorada
que agita Céfiro blando
la tímida codorniz
repite su alegre canto.
Allí do quiera que vuele
la parda abeja zumbando
mil flores le abren su caliz
en el monte y en el prado.
Minerva allí sus tesoros,
allí sus delicias Baco,
allí su copia Amaltéa
vierte con pródiga mano.
Allí me lanzó el destino,
que llamar pudiera amargo,
si no templaran su encono
de una hermosa los halagos.
Allí nací á tus altares,
almo Delio, consagrado:
allí nací, Silvia mia,
para adorar tus encantos.

II.

Elogio de Laura.

Anteo, tú que jamas
en la ribera apacible
que el sesgo curso guarece
del Manzanares humilde,
Ni al son de cálamo dulce
cantaste de amor las lides,
ni á su yugo te doblaste
que no desdeñara Aquiles;
Tú que con planta veloz
al bruto erizado sigues,
que tantos amargos ayes
costó á la diosa de Chipre;
Y cuando tu rudo brazo
mas que el huracan terrible
ó bien empuña la clava,
ó bien la honda desciñe,
No hay fiera que ose turbar
la paz de nuestros rediles;
que hasta en el antro remoto
tiembla Licaon y gime;
Tú que huyes de las zagalas
cual la paloma del buitre,
y de tantos desdeñados
vengador dichoso fuiste;
Sígueme, si tanto fias
en tu esquivez inflexible;
sígueme; verás á Laura
con quien ninguna compite.—

¿Has visto mi tamboril?
No hay zagal que no lo envidie
cuando le hago resonar
en las danzas pastoriles.
Lesbio lo hizo del arbol
que consagraron á Alcides,
y de la piel inocente
de un corderillo de Filis.
En él grabó los amores
de la infortunada Tisbe,
y el rapto de Ganimedes
y los encantos de Circe.
Anteo, yo te lo ofrezco
en galardon si consigues
ver sola una vez á Laura
sin que por ella suspires.
Y si el tamboril no precias
te daré mi piel de tigre,
ó de mi vacada roja
el mejor novillo elige.
Verás el cielo en sus ojos,
y en sus labios de alelíes
la seductora sonrisa
que nectar puro despide.
Ni plugo al amor que en Laura
sola la hermosura brille,
que al par de elevado ingenio
la dió corazon sensible.
Y ya con tímida lira
que un dia será sublime
osó del alto Parnaso
hollar la senda dificil.

Acaso tu alma rebelde
de tanto hechizo se libre;
mas cantará; y ¡ay de tí,
que á su voz nadie resiste!
Ven; que el argentado coro
de tritones y delfines
ya saluda al almo padre
de Faeton infelice.
Las zagalejas mas lindas
ya es hora que se encaminen
á la dichosa cabaña
de Dorila la temible.
Ya, tierna amiga, en sus brazos
á Laura hermosa recibe,
y es dardo á mi corazon
cada beso que la imprime.
Sígueme; verás á Laura,
tú que blasonas de libre;
y mas que mortal serás
si sus gracias no te rinden.

III.

Traduccion de la segunda Elegía de Tibulo.

Dame vino, y que Lieo
mis nuevas angustias calme,
y mis párpados cansados
apacible sueño embargue.
Dormir anhelo beodo:
¡no me desperteis, mortales!....
En tanto mi triste amor
cesará de atormentarme.
¡Triste, que guarda al bien mio
un Argos inexorable!
Duro cerrojo defiende
la su puerta de diamante.
Puerta que al amor te cierras,
¡mala nube te maltrate!
¡Maldígate el alto Jove
y á rayos te despedace!—
¡Ay! no. Mis ruegos te venzan.
A mí; solo á mí te abre;
y en silencio...., no rechinen
tus goznes, y me delaten.
Perdona las maldiciones
á un desesperado amante.
¡Plegue á los cielos, oh puerta,
que solo á mi frente alcancen!
Recuerda cuántas plegarias
del labio mio escuchaste,
y las guirnaldas floridas
con que enlacé tus pilares.

Y tú, mi Delia, no temas:
burla á tu guarda.—¿No sabes
que al audaz protege Venus
y abandona á los cobardes?
Por ella el mozo novel
huella vedados umbrales,
y las muchachas se mofan
de cerrojos y de llaves.
Del tálamo aborrecido
aprenden á deslizarse,
y de puntillas se huyen
al seno de sus galanes.
Y ante el imbécil marido
de agudas señas se valen,
y de los ojos emplean
el elocuente lenguaje.
El que aspire á tus favores,
oh del amor blanda madre,
no por inercia ó temor
en yermo lecho descanse.
No teman los amadores
que los roben ó los maten:
seguros van, que es sagrado
quien inciensa tus altares.
¿Qué á mí la escarcha en las noches
de Diciembre perdurables?
¿Qué á mí la lluvia prolija
ni los recios huracanes,
Con tal que mi Delia amada
á abrirme la puerta baje,
y, con el dedo en la boca,
á su regazo me llame?

¡Oh tú, varon ó muger
que á mi lado pasas! ¡Guárte;
no me veas!; que sus hurtos
ocultar á Venus place.

Ni me preguntes mi nombre;
ni el pie con ruido estampes;
ni con antorcha atrevida
reconozcas mi semblante.

Si ya me has visto imprudente,
no se lo digas á nadie.
Jura por todos los dioses
que nada ves; nada sabes.

¡Ay de aquel que me descubra!;
que de procelosos mares
Venus le será nacida,
tintos en hórrida sangre.

Ni fe le dará el marido;
que una hechicera muy hábil
me lo ofreció, y no hay ejemplo
de que á sus promesas falte.

Yo he visto á su voz moverse
las estrellas inmutables;
y retroceder de un rio
los impetuosos raudales;

Y hender la tierra su canto,
y evocar los yertos manes;
y los huesos animar
resto de llamas voraces.

Ora á sus ecos parecen
las catervas infernales;
con alba leche rociadas
ora tornan á abismarse.

Ora del cielo enlutado
el torvo nublo deshace;
ora en el estío ardiente
la nieve inverniza atrae.
Es fama que de Medea
guarda las yerbas fatales,
y que de Hécate ella sola
domó los rabiosos canes. —
En quieta noche le plugo
con teas purificarme,
víctima negra inmolando
del Averno á las deidades.
Y dióme mágicos versos
con que á tu celoso engañes.
Basta cantarlos tres veces,
y escupir cuando los cantes.
Y despreciará al chismoso
que nuestro amor le declare;
y dirá: «Soñando estoy»
aunque en tus brazos me halle.
Mas no los cantes por otro,
que los cantarás en valde.
Ciego es para mí tu dueño;
lince para mis rivales.
¿Pues no me dijo la maga
¡tan peregrina es su arte!
que sus conjuros y yerbas
de mi amor pueden curarme?—
Premio te pido, le dije,
no el fin de mi amor constante,
y que jamas de mi Delia
desterrar pueda la imágen.

IV.

A mi amigo DON JUAN DE LA PEZUELA

Serena el pecho, Dalmiro,
que crudos celos agitan.
Torna á Rosana: sus ojos
á blanda paz te convidan.
Torna á Rosana. En buen hora
mil zagales á porfía
necios disputarte anhelen
tan deliciosa conquista.
Mientras el viento se lleva
los suspiros que le envian,
tuya es la dulce mirada,
tuya la grata sonrisa.
Doy que Rosana se goce
en los afectos que inspira.
¿Qué importa, si son trofeos
para embellecer tu dicha?
El desventurado Alcino
en torno á tu amada gira,
no tan herido de amor
cual devorado de envidia;
Que, si hasta Rosana bella
mueve la planta atrevida,
tú vencedor le acobardas,
Rosana le hiela esquiva.
Asi el agitado Ponto
en vano salvar ansía
la altiva remota peña
que se burla de sus iras.

Que, si una vez á su falda
rebramando se avecina,
en leve espuma se quiebra
y humillado se retira. —
¿Te pesa verla danzar
con Belardo y con Aminta? —
¿Cómo tan pobre fineza
á sus ruegos negaría?
Deja que dance con todos,
que es usanza de la villa,
y hay un pueblo que la juzga
y una madre que la espía.
Ni es justo que una pastora
porque á Cupido se rinda,
áspera y adusta sea
la befa de la campiña.
Amor indulgente y blando
es el nectar de la vida;
amor sombrío y austero
no es amor, es tiranía.
¿No ves al mover la planta
como sus encantos brillan? —
Y te consagra su triunfo
cual su inocente alegría.
¿No ves su cándida mano
cual la de Belardo esquiva,
y como á hurto en tí solo
los bellos luceros fija?
¡Cuitados ¡ay! los zagales
á quien su suerte mezquina
depara solo el placer
de una danza fugitiva!

¡ Breve placer ! que los ecos
no bien de la flauta espiran,
vuela á tu lado Rosana,
impaciente como linda:
Y á tus ojos anhelantes
el albo seno palpita;
y entre plácidos coloquios
su dulce aliento respiras. —
Torna á Rosana, Dalmiro,
pues tu pecho lo codicia;
que ofendes á una muger, ...
y es la muger vengativa.

V.

Aliatár á Zaida.

No soy, alevosa Zaida
que el rayo de Alá confunda,
no soy el galan preciado
que esperas entre esas murtas.
Soy Aliatár el terrible.
Aqui penetró mi furia
al torpe esclavo comprando
que no te sirve, y te adula.
Soy el que sabe blandir
en el campo el asta ruda,
mejor que decir requiebros
á engreidas hermosuras.
En tanto que ese doncel
su laúd de cedro pulsa,
ó reposa en blando sueño
sobre almohadas de pluma,
Yo visto el arnés luciente,
yo duermo en la peña dura;
y ni temo á mis contrarios
ni del tiempo á las injurias.
Mis galas son mis trofeos,
mi renombre es mi fortuna,
y mis blasones el luto
de la castellana turba.
¿Qué vale al rival indigno
que tu cariño me usurpa
la pompa de sus riquezas
y el orgullo de su cuna?

Aunque de Tarif viniera
ó bien del ínclito Muza,
que voló de palma en palma
desde Cádiz hasta Ampurias;
¿Qué es un moro afeminado,
que no lidia, y se perfuma,
y solo es grande en el nombre,
y solo entre damas triunfa?
No es noble.... mi moro aquel
que en el ocio se sepulta,
y á las gloriosas cenizas
de sus mayores injuria.
Lo es el valiente adalid
que alcanza en hórrida lucha,
sino inmarcesible palma,
generosa sepultura.
Acuérdome por mi daño,
que tambien la suerte injusta
da á un infeliz la memoria
para colmar su amargura;
Acuérdome que al partir
á las márgenes del Júcar
contra la hueste enemiga
que marchaba sobre Murcia,
Entre sollozos amargos
que tu perfidia me ocultan,
y estrechándome á tu seno
albergue de la impostura,
A Dios, á Dios me digiste.
Nuevos timbres acumula,
y torna, Aliatár, si es dable,
mas digno de mi ternura.

A Dios. Ya suena la trompa.
Aunque me mate la angustia,
no tu vida entre mis brazos
inerte pase y oscura.
Mas por mis ojos te ruego,
que en sus lágrimas te inundan,
y por el tierno cariño
que nuestros dias endulza,
Guardes tu vida, Aliatár;
que si una acerada punta
á muerte abriere tu pecho,
tambien la mia apresura.
Tal digiste, y me enlazaron
tus manos banda purpúrea
con ingeniosos emblemas
de amor y constancia mútua.
Y yo la besé mil veces;
¡oh, mal haya mi locura!
y en mas la precié que el mando
de las tropas andaluzas.
Parto; y los cristianos tiemblan
no bien la fama divulga
que los llanos de Gandía
mis escuadrones saludan.
Empero á la lid se aprestan,
y aunque su ruina procuran,
no sé si honor ó despecho
rémora fue de su fuga.
No es tan formidable el rayo
que horrendo estridor anuncia,
ni el huracan mugidor
que un roble y otro derrumba,

Cual en mi mano triunfante
la cimitarra desnuda,
que abría al godo infeliz
en cada golpe una tumba.
El bravo muere; el cobarde
en los montes se refugia.
No hay resistir á un acero
que patria y amor aguzan.
Mas no vencí sin mi sangre,
que valerosa y robusta
herirme logró la mano
de Alvar Nuñez el de Asturias.
Si es causa de tu mudanza,
muger aleve y perjura,
la reciente cicatriz
que la mejilla me cruza;
Sabe que Zora y Arlaja
la llamaran honra suya,
porque mi fama engrandece
si mi rostro desfigura.
Arlaja que á mi desvío
mal su pesar disimula,
aunque en belleza y donaire
no ceda á tí ni á ninguna.—
¿Callas, Zaida? ¿De tu labio
no merezco una disculpa?
Fementida, ese silencio
mas me irrita y mas te acusa.
¡No ha de triunfar mi enemigo,
por el sol que nos alumbra!
Yo lavaré mi baldon
en su sangre y en la tuya.

Dijo Aliatár; y furióso
punzante almarada empuña,
y fuego sus ojos brotan,
su labio rabiosa espuma.
Mas súbito arrepentido,
que no alberga un alma cruda,
bien que vió la luz primera
en las playas de Getulia,
La espalda torna al peligro
donde su gloria fluctúa,
arroja banda y puñal
y á la venganza renuncia.
Quédate para quien eres,
la dijo, y en vil coyunda
el vil que te ha merecido
tus votos infames cumpla;
Que yo vuelo, pues el alba
ya corona las alturas,
á acrecentar los laureles
que la frente me circundan.
Parte; presuroso monta
sobre un morcillo de Osuna,
y á larga brida se aleja
por el camino de Andujar.

VI.

Al Guadalquivir.

Ancho y caudaloso rio
que el híspalo muro lames,
dame que tranquilo duerma
sobre tu florida márgen,
Cual tú bajo el peso duermes
de tanta velera nave,
y ni avenidas te turban
ni te agitan huracanes.
Yo precio un humilde césped
á la sombra de tus sauces
mas que las plumas desiertas,
do á Morfeo llamo en valde.
El murmurio de tus aguas
tan regalado y suäve,
el aura que tú perfumas
con mil rosas y azahares,
Bálsamo sean ¡oh Betis!
que mi fiera angustia calme,
si bálsamo puede haber
para llagas incurables.
¡Ay! No solo yo entre tantos
enamorados zagales
que con su lloro te acrecen
y te invocan con sus ayes;
Ya llorando la perfidia
de un corazon inconstante;
ora desvíos crueles;
ora celosos afanes;

No solo, yo sin consuelo
de tu orilla me separe
do tregua á la pena busco
que me devora incesante.
Mas aunque dulce beleño
mis tristes párpados bañe,
ni un solo instante me aleje
de Silvia hermosa la imágen.
Y á mis sentidos renueva
en ensueños agradables
sus lisongeras palabras
y sus caricias amantes.
Ausencia, cruel ausencia,
¡cuál mi destino cambiaste!
Caí desde la alta cumbre
hasta el abismo insondable.
Horas, á mi amor inmenso
algun dia tan fugaces,
¡cuál hoy al triste Salicio
pareceis eternidades!
¡Quien durmiera, Silvia mia,
hasta que torne á mirarte,
y tus brazos de marfil
amor á mi cuello enlace!—
Mas tú desoyes mis ruegos,
oh Betis inexorable,
quizá porque no han soñado
en tu gloria mis cantares.
Digno objeto de mi lira
fueras tú, que á tanto vate
menos mísero que yo
sublime canto inspiraste.

¡Ah! Si en mi halagado pecho,
que solo por Silvia late,
de la pálida tristeza
la garra no se cebase,
Yo te cantara tambien
soberano de los valles
desde tu sierra nativa
hasta las playas de Atlante.
Cantara yo acompañando
al gorjeo de las aves
la perene primavera
de tus orillas feraces.
Y á las béticas zagalas,
cuya gracia el mundo aplaude,
no fuera muda mi lira
ni mi pecho de diamante.
Mas donde Silvia no mora
no hay belleza que me halague,
ni pensil que me embelese,
ni placer que no me canse.
A Dios, opulento rio. —
Ya me enojan tus cristales.
¡Ah! ¡cuál seria tu orgullo
si mi Silvia te mirase!
Otro rio mas dichoso,
aunque menos arrogante,
vió crecer para mi amor
sus encantos celestiales.
A Dios; y pues solo sirves
de redoblar mis pesares,
la lira que templa Erato
no esperes que te consagre.

Si me robas el tributo
de este llanto inconsolable;
no mi tierno corazon,
que es todo del Manzanares.

VII.

A LOS OJOS NEGROS.

En contestacion á otro en alabanza de los ojos azules escrito por mi amigo D. Juan Bautista Alonso.

En vano, Anfriso, tus versos
tan sonoros como dulces
donde los negros imperan
ensalzan ojos azules.
Tus agudas sutilezas
tal vez la mente seducen,
mas el corazon rebelde
te niega, Anfriso, que triunfes.
De los azules alabas
la paz y la mansedumbre;
pero Amor, hijo de Marte,
jamas sin lidiar sucumbe.
Si cielos basta á llamarlos
la color de que se cubren,
mas celestes son los negros
porque el sol les da su lumbre.

¡Tú á la noche los comparas!....
No temo que los insultes:
¿qué mucho si son estrellas
que embelesando relucen?
Y travesuelo Cupido
los rayos febeos huye;
y no hay pecho enamorado
que á las tinieblas injurie.
En buen hora tu pasion
de fementidos los culpe.
En ellos quiero perderme,
y no helarme en los azules.
¿Mas de qué valen razones
donde los hechos arguyen?
¡Cuántos pastores amantes
en silencio te confunden!
Si tal vez de alguna palma
los azulados presumen,
blasonan los ojos negros
de mil trofeos ilustres.
Ora lánguidos te miren,
ora entre-abiertos fluctúen,
ora alevosos te hieran;
no hay pecho que no sojuzguen.
Tal vez agradan mirando
los que tú al Olimpo subes;
mas los negros enamoran,
que amor en ellos se nutre.
¿Y tú, que en la faz morena
del alma el fuego descubres,
de azules rayos, Anfriso,
la cobarde llama sufres?

El semblante mas deforme
como ojos negros le alumbren
con cien mágicos donaires
su deformidad encubre.
¿Y qué es de una cara fea
do niñas turquíes lucen?
Ociosa al hijo de Venus
en lágrimas se consume.
O tú no has visto ojos negros
y las gracias que reunen,
ó hechizos te dió esa rubia
que tu claro ingenio ofusquen.
¡Qué es ver dos negros volcanes
que negras cejas circuyen
sobre una cara trigueña,
porque la tuestan sus luces!
¡Qué es ver su lindo contraste
que inefable gozo infunde
con una cándida tez
que á los jazmines desluce!
Tal de Moncayo gigante
sobre la nevada cumbre
grávida de ardientes rayos
se posa la parda nube.
¡Ah! Ven al hogar de Silvia,
que es mi bien, mi amor, mi numen;
ven á ver sus ojos negros,
y no los verás impune.
Y aunque ella no ha de mirarte
cual me mira de costumbre
ardida del fuego inmenso
que en todas mis venas cunde;

Postrada á sus pies tu lira,
harto será no renuncies
á tu sonrosada Cloris,
y á sus ojuelos azules.



ROMANCES JOCOSOS.

I.

Un viaje á Hortaleza.

Engancha, zagal amigo,
ese cuadrúpedo ruin.
Hoy son los dias de Laura;
¡y aun estamos en Madrid!
Vuela por ese camino;
y te daré gracias mil,
y eternizarán mis versos
tu trémulo calesin;
Y aunque se ofenda el Correo
literario mercantil,
diré que le fabricaron
para las bodas del Cid.
Vuela á Hortaleza; y no sea
que por llevarnos allí
con tantas copas beodo
nos lleves á Chamartin.
¡Oh si yo fuera paloma
para no apelar á tí
aunque en las garras de un sacre
me aventurase á morir!
Aprieta. — ¡Cuerpo de Cristo,
cómo galopa el rocin!
¡Cuál sudo! ¡Cuál trago polvo!
No importa: Laura, es por tí.

Por cuestas y por barrancos
nuestra vida está en un tris;
que es alevoso el camino
y el carruaje baladí.—
¡Tente, no vuelques!.. Respiro.
Bendiga el cielo tu ardid,
que fuera mucha desgracia
sin ver á Laura morir.—
¿Qué harás en este momento?
¿Vagarás por el jardin?
¡Oh quién te viera, morena,
sin que me vieras á mí!
Tal vez leve sombrerillo
cubre tu frente gentil
ahora que el rubio Febo
pende del alto Cenit.
Y el cenador enramado
robas el fresco jazmin,
ó al verde geranio enlazas
el encarnado alelí.
Tal vez en la blanda higuera
grabas con punta sutil,
¡ay simplecilla!, recuerdos
de algun amor infeliz.
O bien en rima sencilla
cerrada en tu camarin,
de la campaña inocente
cantas la vida feliz;
Que tambien del padre Delio
te inspira el numen á tí,
y te dió su plectro Erato
cual su donoso reir.

O quizá pulsas el clave
con tus dedos de marfil,
y á los céfiros encantas
con tu voz de serafin.
O ante el cristal animado
te ayuda Silvia á ceñir
al dulce túrgido seno
corpiñito carmesí.
Y á tu cabello claveles
de jaspeado matiz;
y á tu cuello torneado
la gargantilla turquí;
Y tornasolada cinta
que trujiste de Madrid
á la tu breve cintura
digna de eterno buril.
O si á la sombra regalada
del húmido tamariz
te aduerme el blando gorjeo
del tímido colorin.
¿Y quién sabe si en el plomo
que no temes despedir
mísera viudez envias
á la pintada perdiz?
O bien... Mas paran las ruedas
del terrestre bergantin.
¡Ya en Hortaleza! Volemos,
y á Laura.... — Miradla allí.
Salud, hermosa zagala,
tu fiesta vengo á aplaudir.
Dichosa, oh Laura, celebres
otras ciento, y otras mil.

II.

A una señora con quien salí de año para el de 1830.

¡Año mio y mi tocaya!
¡Digo! ¿Es un grano de anís?
Fuerza será que yo te ame,
prenda mia, hasta el morir.
¡Oh cédula protectora!
¡Oh fortuna siempre ruin,
gracias á Dios que una véz
fuiste para mí feliz!
Díganlo cuantos admiran
ese tu rostro gentil,
esos tus ojos morenos,
y ese tu dulce reir.
Aunque murmure la envidia
te quiero, y mucho que sí,
mas no te alteres, hermosa,
que te quiero con buen fin.
No gruñas por ser tu año
un poeta baladí,
hoy que andan las pobres musas
sin túnica y sin chapin.
Paciencia, pues no hay remedio;
que, si consistiera en mí,
corregidor fuera yó
de la villa de Madrid.
Sírvate pues de regalo
este romance infeliz,
aunque seria mejor
que te enviase un pernil.

Por dos causas no lo envio:
falta de maravedís,
y un hambre tal que á tenerlo
guardáralo para mí.

En cambio allá van deseos,
que no cuestan un tarin,
de que Dios te haga dichosa
un siglo, y dos, y cien mil.

Y te dé mucha salud
y el oro del Potosí,
y te libre de que llame
á tu puerta un alguacil.

Y te conserve un marido,
mas héroe que el mismo Cid,
pues con ocho años de yugo
aun se está mirando en tí.

Y dé á tus niñas marido
no bien lleguen á su Abril,
y á tu niño un obispado,
aunque sea el de Guadix.

Mas te diria, tocaya,
pero se apaga el candil;
y aunque deseo tu dicha
tambien deseo dormir.

III.

Consejos á una fea plagada de defectos morales.

Licia, si Dios no te ha dado
ni las minas del Perú,
ni cuna, ni mas talento
que al burro y al avestruz;
Si es el color de tu cara
verdi-negro sobre azul,
y cada uno de tus pies
tan ancho como un almud;
Si en vano te cubren, Licia,
vestidos de seda y tul;
porque lo mismo valdria
ponérselos á un atun;
Si cuando bailas pareces
un oso del monte astúr,
y cantas como cantara
cualquier rocin andaluz;
Si cuando el Africo sopla
sudas hediondo betun,
y se apartan de tu lado
las gentes diciendo ¡puf!;
Si de ariete contra un muro
puede servir tu testuz,
y tu escomulgada boca
se estiende del Norte al Sur;
Si te faltan cuatro dientes,
y corre cierto run-run
de que te sobra un tumor
que destila eterno pus;

Si mas que un proceso comes,
y dieras, como Esaú,
cuanto tienes por un plato
de lentejas ó alcuzcuz;
Y aunque tu estómago llenas
como si fuera baul,
toda huesos y piltrafas
ni te nutres ni echas luz.
Si aunque tus labios sonrían
con torpe solicitud
huyen de tí los donceles
como los niños del bú;
Si pareces un espectro
que escapó del ataud;
si tantas plagas te acosan;
si ya para tí *no hay mus*:
¿Por qué eres chismosa y fátua?
¿Por qué te obstinas aun
en esquivar orgullosa
la senda de la virtud?
¿Por qué tu pesar encuentras
en la alegría comun?
¿Por qué la envidia te tiene
sin color y sin quietud?
¿Por qué al amante de Filis
llamas grosero y gandul,
si es celebrada por bella
desde Cadiz hasta Irun?
Si él te desprecia y la adora,
esto no es ingratitud,
que nadie deja las yemas
por melcocha y alajú.

Pues en la banca de amor
no has de ganar un albur,
sé casta como Susana
y humildosa como Rut.
¿Por qué vas á oir el duo
de Semirámis y Asur,
ornado el lacio cabello
de flores y marabús?
Con todos tus perergiles,
solo al verte de trasluz
á la Pitia te comparo
que atormentaba á Saúl.
¿Por qué pretendes brillar
en conciertos y ambigús?
¿Por qué tienes, mal engendro,
tal ansia de darte á luz?
¿No era mejor que rezases
la novena de Jesus,
y eso tendrias ganado
para la eterna salud? —
Muda de conducta, Licia,
ó escóndete en el comun;
que sino dentro de poco
no habrá quien te diga abur.
Fea naciste: ¡paciencia!
Cada cual tiene su cruz;
y á todos ha de igualar
de la parca la segur.
Muda de conducta, Licia,
que con modestia y virtud
se hacen amar de los hombres
otras feas como tú.

IV.

Lamentos de un poeta.

Reniego del astro pésimo,
cuya influencia recóndita
me aficionó á la poética,
que ya maldice mi cólera.
Harto mas valido hubiérame
estudiar forenses fórmulas,
y henchir mi mente del fárrago
de jurisprudencia lóbrega.
Con esto, y charlar á cántaros,
y con un poco de mónita
rico viviera y espléndido
á espensas de gente estólida;
Que en este siglo misérrimo
campa la avaricia sórdida,
la verdad perdió su crédito,
la moral es una andrómina;
Y en el agitado piélago
de las pasiones indómitas
pesca sin temer al Abrego
de un abogado la góndola.
O bien, ahogando en el cálculo
tus gritos, conciencia incómoda,
el valor de ruines géneros
centuplicar en la alhóndiga.
O miembro hacerme pacífico
de nuestra iglesia católica,
y ya seria canónigo
de Cartagena ó de Córdoba.

O alistarme en el ejército;
que si en las batallas hórridas
á muchos abren el báratro
la bayoneta y la pólvora,
Otros sin valor ni táctica
labrando fortunas sólidas
lucen entorchados aúricos
sino en el campo, en la ópera.
Basta adular á los próceres
y saber cobrar la nómina,
ya del pueblo, ya del príncipe,
ya de faccion aristócrata;
Y antes imitar á un sátrapa
de la gente babilónica
que el denuedo de Temístocles,
de Cimon y de Pelópidas.
Es verdad que eternas páginas
prestó á las antiguas crónicas
aquel espartano célebre
que feneció en las Termópilas.
¿Mas quién es hoy el estúpido
que aspirando á fama póstuma
de su vida anhela el término,
que ya es demasiado prófuga?
O á ser asentista diérame,
y con marañas diabólicas
saqueando al Rey y al público
llenara de oro mi cómoda.
O empuñara desde párvulo
la cimitarra anatómica,
y concurriera á las cátedras
de lecciones fisiológicas.

Hoy asesinando al prógimo
mi suerte seria próspera,
ducho en la ciencia de Hipócrates
á los profanos incógnita.
Broussais, con tu goma arábiga
y sanguijuelas hidrópicas
todo lo curara; cólicos,
úlceras, fiebres, parótidas.
O con *Le Roi* sin escrúpulo
dejando antiguas teóricas
del vomi-purgante bárbaro
seria mi mano pródiga.
O celoso amante impávido
de las medicinas tónicas,
daria á Pluton mas súbditos
que Bonaparte el de Córcega.
Brown, *Le Roi*, *Broussais*, idénticos
son todos, sino en su lógica,
en llevar miles de féretros
del campo santo á las bóvedas.
O fuera yo farmacéutico;
y por medicinas óptimas
á peso de plata, un tósigo
vendería en cada pócima.
O á Dios pluguiera que en Nápoles
nacido, en Turin ó en Módena,
dado me hubiera á la música
que en Madrid manda despótica;
Aunque antes mano quirúrgica,
mejor dijera antropófaga,
me dejase como á Orígenes,
que no es desventura módica.

¿Mas qué digo? Sastre, acólito,
maestro de baile, hipócrita,
histrion, cocinero, dómine,
rufian, alguacil, apóstata...
Todo es mejor y mas plácido;
cualquiera industria es mas ópima
que hacer versos para el pábulo
en esta edad macarrónica.
¿Qué vale de las piérides
sentir la influencia próvida?
La inopia y el arte métrica
ya son palabras sinónimas.
¡Ay! Mientras nada en la crápula
ó yace en inmunda cópula,
un Creso niega á tu mérito
la suspirada bucólica.
Aunque cual Homero célebre
cantes el luto de Andrómaca,
ó escedas al alto Píndaro
y al autor de las geórgicas;
Ni de la imprenta los tórculos
te han de adquirir una almóadiga,
ni tener capa te es lícito
que te guarde de la atmósfera.
Ni te darán dulce tálamo
tropos y flores retóricas,
que huyendo de tí las vírgenes
se irán á la zona tórrida.
Ni aun si canto epitalámico
produce, ó farsa alegórica
y en él ven su panegírico
padres, consortes, y prónubas,

Logra un coplero parásito
de su hambre acabar la prórroga
aunque hinchado y metafísico
veinte veces mas que Góngora.
¿Qué son yá las glorias épicas?
¿Qué las dulzuras eróticas?
¿Qué son los ejemplos trágicos,
y qué en fin las sales cómicas?—
Ya clama un censor fanático
que con impiedad insólita
atentas en cada párrafo
á la doctrina canónica;
O ya gacetero díscolo
en sus colúmnas periódicas
á tus obras llama inútiles,
descomunales ó apócrifas.
Pides proteccion leyéndolas
á un señor de sangre gótica,
y oye tus endecasílabos
como si fuera un autómata.
Te sometes á la férula
de algun erudito cócora;
y mide los raptos líricos
con el compas de un geómetra.
Si nacido para el género
de la dulce Anacreóntica
cantas el vino y los céfiros
y el arrullo de la tórtola;
Adormecen tus versículos
como bebida narcótica,
ó desaparecen rápidos
cual las ilusiones ópticas;

Que ya solo gusta á Flérida
la de la cintura mórbida
alguna *charada* insípida
del buen *Aguado* y sus cólegas.
Mordaz se llama á la Sátira,
á la Epopeya monótona,
á los Idilios farándula,
y á la Elegía platónica.
¿Y qué hace el triste dramático
entre cabezas tan cóncavas
cuando huella el orbe escénico
la manía filarmónica?
¿Quién no arrolla al vate mísero,
ya con calumnias anónimas,
ya con silvidos horrísonos,
ó ya con risa sardónica?
Y en tanto al gorjeo lánguido
de humana sirena exótica,
plebe rutinaria y frívola,
¡cuál victoreas atónita!
¡Qué de riquezas á un músico!
¡Qué de honores, santa Mónica!
¡Y en tanto á mi vientre escuálido
no hay una mano gastrónoma!
Y en tanto del mundo pícaro
mi ausencia veo muy próxima
si no renueva algun síndico
la antigua sopa económica.

ANACREÓNTICAS.

I.

La ausencia fingida.

Fileno, ¿asi me dejas?
¿Es esta la constancia,
traidor, que á todas horas
tu labio me juraba?
« Hermosa Clori mia,
si de tí me apartara,
¿cómo vivir pudiera
sin tus divinas gracias?
¡Qué dulce si sonríes!
¡Qué celestial si cantas!
¿Y yo podré olvidarte?
Jamas, mi Clori amada. »
Tal me digiste un dia,
y á tus tiernas palabras
¡ay simple! dí yo en premio
el beso que anhelabas.
¡Oh pesar! Como espiga
que el sol de Julio abrasa
donde estampé mi labio
consúmase tu cara.
Y porque no te engrías
allá cabe el Guadiana
del insolente triunfo
que á mi simpleza arrancas,

A Nivio que me adora
al par que tú me agravias
otro beso, otros ciento
le voy á dar de rabia.—
Asi de su Fileno
Clori se querellaba
bañando el albo rostro
en lágrimas amargas:
Y el pastor que la escucha
oculto entre las matas,
que amor tambien se place
de asaltos y emboscadas,
Asiendo su cintura
cual la de Venus blanda,
¡detente, Clori hermosa!
¿Que vas á hacer? esclama.
Probar quise, perdona,
si de veras me amabas.
Fingida fue mi ausencia,
fingida mi inconstancia.
¡Ay! ¡Eres tú! responde
la donosa zagala,
y en caricias convierte
la ira y la amenaza.

II.

La declaracion involuntaria.

Tus ojos me abrasan,
y de amor cautivo
¡ay! en vano quiero
quebrantar mis grillos.
No creas empero,
dulce dueño mio,
que de mis amores
hablarte imagino;
Pues me condenaron,
y yo no lo olvido,
á crudo silencio
tus crudos desvíos.
Callaré, Filena,
y del pecho herido
no saldrá á mi labio
ni un leve suspiro.
Callaré la pena
que incesante abrigo.......
¿Mas cómo callarla
si ya te la he dicho?

III.

¡Silencio, que nos miran!
Suspende, mi Rosaura,
los plácidos acentos
con que mi amor halagas.
¡Ah, que tanta ventura
no cabe ya en el alma,
y no es la lengua mia
bastante á demostrarla!
¿Tambien de tus ojuelos
la deliciosa llama
romper el yugo anhela
de mi razon tirana?
Murmuran los pastores,
te observan las zagalas....
Testigos importunos,
huid.—¡Qué no cegaran!
No mas, no mas. Tú quieres
que muera yo, muchacha.
Para en estando solos
tanto cariño guarda.
Verás cual premio entonces,
dulcísima Rosaura,
los plácidos acentos
con que mi amor halagas.

IV.

Por esos negros ojos
que el corazon me queman,
una flor me regala,
donosa jardinera. —
Darétela ; ¿ cuál quieres?
¿ El lirio, ó la violeta?
¿ La rosa purpurina?
¿ La cándida azucena? —
Cualquiera que me dieres
me será dulce prenda
si ufano la recibo
de tu manita bella.
Mas si eres tan amable
que á mi eleccion lo dejas,
dame la mas preciosa,
dame.... la jardinera.

V.

Aléjate volando,
negra horrorosa nube,
y escóndete en los montes,
ó allá á los mares huye.
No la tranqüila calma
de ese arroyuelo turbes,
gala del verde soto
do serpeando bulle.
No á acrecentar sus ondas
tu lluvia le tributes,
que aunque merece serlo
de rio no presume.
Arroyos hay que altivos
mal la pobreza sufren.
Sus márgenes dilata
y el ancha vega inunden.
Este de fuente humilde
nació, si Tajo ilustre
se despeñó torrente
desde elevada cumbre.
Y puro como el astro
que sobre todos luce
espejo es de las flores
que en sus orillas nutre.
Aparta, nube horrenda,
aparta, no le enturbies.
¡Ay! Bebe en él la hermosa
que me arde y me consume.
En él antes que al dia
los pájaros saluden

se lava el dulce rostro
y el seno muy mas dulce.
Y oculto entre las mimbres
amor me da que triunfe,
y á su desden tirano
mil y mil glorias hurte.

VI.

A los amantes de DORILA.

Amantes de Dorila,
pastorcillos cuitados,
que en sus dolosas redes
os consumís incautos,
De moscatel sabroso
enorme bota os guardo.
Venid, la agotaremos;
venid. — ¡Tiene diez años!
Ea, empinad! — Aminta,
¿no mas? ¡Mezquino trago!
¡Oh, cómo se conoce
que estás enamorado!
Bebe, Tirso, y la bota
corra de mano en mano. —
¡Viva! — Escuchad ahora
felices desengaños.
Cada cual de vosotros
tan debil como vano
se llama de Dorila
zagal privilegiado.

Quizá no sin disculpa,
que á todos ¡oh descaro!
la universal pastora
pruebas de amor ha dado.
A tí dijes y flores;
¡y cuánto te costaron!
Si sus dones repite
te quedas sin rebaño.
A tí dulces miradas;
á tí la muelle mano,
á tí, pobre Fileno,
la risa de su labio;
A tí, menos esperto
y asi mas engañado,
alguna estéril cita
y algun besillo blando.—
¿Miento yo por ventura?—
Todos callais.—Bebamos.—
Cuando la bota espire
vuelve á llenarla, Bato.—
Si ya no estais beodos,
ahora decidme: ¿acaso
puede amar á ninguno
quien acaricia á tantos?
¿Y cuál es el amante
tan necio, tan menguado
que parte de una bella
con otros los halagos?
¡Eh! Abandonadla todos,
y mozos tan bizarros
de una muger voltaria
no sean el escarnio.

Laura, Melisa, Flora,
cien hay en estos campos
que en gracia la superan,
y en virtud y en encantos.
Dejadla, pues rehuye
de Amor el dulce dardo,
y solo inciensa el ara
del orgullo insensato:
Dejadla; y consumirse
de envidia la veamos
cual mustia clavellina
que descolora el Austro:
Dejadla; que algun dia,
quizá no muy lejano,
llorará desolada
sus mal perdidos años.

VII.

A LISE.

Dame, sagrada Erato,
dame tu acorde lira;
asi de tus hermanas
seas la eterna envidia:
Asi el hermoso Delió
en la helicona umbría
con ósculos suäves
regale tus mejillas.
Oye, oh Musa, mis votos;
que no sin melodía
yo cantara otras veces
del Pindo en las colinas;
Y á mis sienes ciñera
guirnaldas no marchitas
tu hermana, la donosa,
la gárrula Talía.
Ni esquivo el almo templo
del hijo de Ciprina,
si tal vez Melpoméne
su atroz puñal me libra.
Dame cantar de Lise
las gracias peregrinas,
de Lise mi adorada,
tan bella como esquiva.
No tanto entre las flores
que el Cefirillo liba
se ostenta soberana
la rosa purpurina:

Ni entre lucientes astros
tan magestoso gira
sobre el sereno cielo
el carro de Lucina,
Cual entre cien pastoras
tú en la verde campiña
del claro Manzanares
campeas, Lise, y brillas.
¡Oh gracioso semblante!
¡Oh formas peregrinas!
¡Oh talle de las gracias
mansion favorecida! —....
No mas, que á tal encanto
desfallece la lira;
mi pecho se conmueve,
y mi virtud peligra.

VIII.

¿Con que ya no me quieres?
¿Con que conmigo riñes
porque bailé en tu choza
con la donosa Filis?—
Pues vuélveme el cayado
y el cestillo de mimbres
que ayer te dí cubierto
de pomas y alelíes.
Yo delante de Bato,
de Filena y de Tirsi,
te volveré los besos
que en galardon me diste.

IX.

La rosa.

¡Guarda, mi Silvia, guarda!
¡Ay! No por una rosa
tu delicada mano
á lastimar te espongas.
Venus que las produjo
como suprema Diosa
al esampar su huella
sobre la verde alfombra;
Venus vivió cien siglos
ufana de su obra
hasta que tu naciste,
dulcísima pastora.

Dos el Amor ha puesto
en esa cara hermosa
que las suyas afrentan
y el corazon me roban.
Asi el rosal ameno
de Venus envidiosa
crudas espinas cubre
entre lozanas hojas.
¿No temes su venganza?
¡Tente!.... Quizá se esconda
cabe el risueño arbusto
vívora ponzoñosa.
Si engalanar deseas
tu cabellera blonda,
deja que yo la arranque
con esta mano tosca.
¡Y oh, si por agradarte
fuera tanta mi gloria
que las sutiles puntas
la desgarrasen toda!
Y mas que no pudiera
valerme de la honda
ni tocar en un año
mi rústica zampoña. —
¡Oh, déjame, importuno!
responde la pastora.
¿Qué importa que me clave
si es para tí la rosa?

X.

El vino consolador.

Ayer por los desdenes
de la orgullosa Laura
clavarme quise ¡ay necio!
la punta de una daga.
Ya á mi pecho abrasado
el hierro amenazaba,
y el nombre maldecia
de esa muger ingrata,
Cuando en cristal luciente
Baco mi vista llama
brindándome una azumbre
del rancio de Peralta.
Y bebo; y de la mano
deslízase la daga,
y ya menos furioso
no cuido de cobrarla.
Segunda vez el nectar
mi labio ansioso baña,
y... ¿lo creereis, zagales?
ya en Laura no pensaba.
Entre beodo y cuerdo
torno á beber sin tasa;
y rio, y canto, y brinco,
¡yo que antes me mataba!
Y al consolarme Baco
de la esquivez de Laura,
para prendar á Silvia
me inspira nuevas gracias.

XI.

A Filena.

Dulce Filena mia,
pues darte plugo al cielo
á par de tantas gracias
un corazon de fuego;
No del amor en vano
reprimas el imperio:
no la razon tirana
sojuzgue tus deseos.
Deja al helado sabio
sus áridos preceptos.
¿Es mucho que los dicte
despues del lustro onceno?
¿No es mas dulce la fruta
de los perales nuevos
que la tranquila sombra
de aquel añoso Tejo?
¿Quién á la primavera
pidiera el duro cierzo
la desmayada nieve
del perdurable invierno?
Tú, la imágen mas linda
de Mayo placentero,
goza; y despues no sientas
inútiles recuerdos.
¿Serás tú como Nise,
que cuando elige dueño
antes de verle el rostro
le cuenta los corderos?

¿O bien como Dorila,
que muere por Alceo,
y con desden forzado
responde á sus requiebros?

Si piensas que soy uno
de tantos zagalejos
que en publicar se gozan
favores de su dueño,

No mas de amor me hables,
no mas, que no te creo.
La mútua confianza
de amor es alimento.

Zagal que ya conoce
cuál es el alto precio
de una palabra tierna,
de un no comprado beso,

No temas que atrevido
por un orgullo necio
despoje su ventura
del protector misterio. —

Ama, Filena, y goza,
pues darte plugo al cielo
á par de tantas gracias
un corazon de fuego.

XII.

Si llevo mis ofrendas
á los altares hoy
del hijo de Semele,
no del vendado Dios;
Perdona, Licia mia;
mi ardiente corazon,
pues númenes son ambos,
dividido entre los dos.
Celebra su cumpleaños
Menalcas el pastor,
y á fuer de buen amigo
su convidado soy.
Nos da rica cecina
del jabalí feroz
que no ha mucho este valle
cubría de terror.
Y entre el hollin curado
opíparo morcon,
que á cien varas trasciende
su regalado olor;
Y anchoas malagueñas,
y arenques del Ferrol,
amigas entrañables
del vino de Chinchon.
Por cierto que un pellejo
nos guarda del mejor,
y un cántaro del Yepes
que trajo á prevencion.
A Dios; no me detengas,
que ya se ha puesto el sol.

Hoy Baco me hace sordo
al eco de tu voz.
Perdona si á embriagarme
de dulce mosto voy;
que mañana en tus brazos
me embriagaré de amor.

XIII.

Médico que me privas
del vino y de mi Clori,
no asi como mi pulso
mi corazon conoces.
Si á tanta costa quieres
que la salud recobre,
huye, que de la parca
no es tan funesto el golpe.
Vino y amor dictaron
al dulce Anacreonte
sus versos que le ascienden
al trono de los dioses.
Vino y amor alivian
fatigas y dolores;
vino y amor infunden
las ínclitas acciones.
¿A quién, doctor, no alegran,
sino es de helado bronce
los ojos de una hermosa
la espuma del aloque?

Aqui en mi hogar humilde
que alumbra medio roble,
aunque ignorado, limpio,
y tranquilo, aunque pobre;
Mi Clori á la siniestra,
y á la derecha el odre,
sin miedo á las borrascas
del cielo y de la corte;
Déjame que entre sorbos,
y besos y canciones,
ó me cure... ó me muera,
que á todo estoy conforme.
Y guarda tus preceptos
para el cuitado jóven
que pueda amar la vida
sin vino y sin amores.

XIV.

No envidio yo, Corina,
de Fanio las riquezas,
que una capa me basta,
un techo y parca mesa;
No envidio al vano prócer
sus timbres, su grandeza;
no envidio del privado
la efímera existencia;
Ni á Licio la hermosura,
la gracia y gentileza,
ni su lira á Batilo
que el mismo Apolo templa;
Solo me causa envidia,
Corina, ¿lo creyeras?
el Céfiro ligero
que en torno tuyo vuela.
¡Ay! ¡Cuánto su ventura
me aflige y me atormenta!
¡Ay! ¡Cuántas maldiciones
derrama en él mi lengua!
Ahora en tu pie retoza;
ahora en tu frente bella;
ahora en el blando talle
travieso juguetea;
Ya lame tus mejillas
de grana y azucenas;
ya bebe de tus labios
el delicioso nectar;
Ya en tu nevado cuello
lascivo se deleita;

ya al seno..., ¡Tente! ¡Aparta!
Profano, ¿á dónde llegas?...
Tú, pérfido y voluble,
sus gracias señoreas;
yo, firme y amoroso,
soy blanco á su fiereza.
¡Ay! Dame la osadía
con que á Corina besas;
ó préstame tus alas
para alejarme de ella.

XV.

Batilo, en ese cuenco
esprime dos limones,
y echa agua con prudencia
y ron hasta que sobre.
Ahora el azucar. ¡Bravo!
Menea, que la noche
sus alas tenebrosas
ya tiende al horizonte.
Ya el alma se me alegra.
Estátuas mil de bronce
debieran erigirse
al inventor del ponche.
Ya viene mi Clarisa.
Tráeme las copas; corre.
Mis dulces esperanzas
Baco y Amor coronen.

O mienten sus ojuelos,
ó término esta noche
tendrán entre mis brazos,
Batilo, sus rigores.
Bebamos y cantemos,
y el brindis venga y torne;
y anéguese el recato
y la virtud zozobre.
Yo audaz y enamorado;
ella muger y joven....
Salve, licor sabroso,
salve; mis ruegos oye.
Si tu poder ablanda
su corazon de roble
consagraré mi lira
al inventor del ponche.

XVI.

La ocasion perdida.

¡Cuán sosegada duerme
la bella de mis ojos
sobre la muelle grama
bajo el nogal coposo!
¡Ay! ¿Osaré en sus labios
como la grana rojos
libar el dulce beso
que ha de colmar mi gozo?—
¿Si despierta y se ofende?....
Mas temo yo su enojo
que al águila rapante
el cándido palomo.
Mas cuando ayer la dije:
«Mi Filis, yo te adoro»
su boca sonreia
con ademan gracioso;
Y palpitó su pecho,
y se encendió su rostro,....
y Filis lo advertia,
pues le ocultó en sus hombros.
¡Cuál besa sus mejillas
el lúbrico Favonio!
¡Cuán jugueton se mece
en su cabello blondo!
Y que, ¿menos que el viento
será Damon dichoso?
Yo llego.— Amor, tus alas
cubran mi dulce robo.

Quizá no duerma Filis....,
quizá brinde á mi arrojo
lo que jamas lograran
mis ruegos amorosos.—
Callad, alegres aves,
delicia de este soto.
Para cantar mi triunfo
guardad el blando coro.
Suspenda su murmurio
el cristalino arroyo;
suspenda sus balidos
el olvidado choto.
Abeja que la amagas
con tu aguijon ansióso
guarda, no la despiertes
con tu zumbido ronco.
Vuela al rosal vecino;
aparta, que á mí solo
el hijo de Ciprina
reserva ese pimpollo.
Yo llego...¡Ah! No.—Pulsando
su cálamo sonoro
de la colina al valle
desciende Nemoroso.
¿Me mira? Sí. ¡Mal hayan
sus importunos ojos!
¡Perezca su ganado
presa de hambriento lobo!—
Dijo; y la niña Filis
quizá con mas encono,
aunque dormir figura,
maldice á Nemoroso.

XVII.

La pubertad.

Madre, ¿qué llama oculta
circula por mis venas
que al paso que me halaga
me aflige y desespera?
Hechizos son ¡ay triste!
que en ponzoñosa yerba
recelo me haya dado
la encantadora Lesbia.
¿Mas cómo, si la vida
me abruma y me atormenta,
jamas me ha parecido
tan plácida y tan bella?
Si tú culpas al tiempo
porque rápido vuela,
¿cómo yo desolada
maldigo su pereza?
Tú empero ya á la tumba
la débil planta llevas;
y yo respiro el aura
de dulce primavera.
Enigmas son, oh madre,
mis gozos y mis penas.
Descífralos, te ruego;
mi lloro te conmueva.
Ayer entre las niñas
al son de muelle avena
gozosa, infatigable
danzaba en la floresta.

La rosa nacarada
 en mi cabello presa,
 la poma aun no madura
 de la vecina huerta,
La risa, la algazara,
 la cinta, la pandera....
 no mas apetecia
 mi cándida inocencia.
Hoy los pueriles juegos
 mi corazon desdeña;
 y no sé que me pide
 que de latir no cesa.
Y en tanto que á las niñas
 lanzo de mi soberbia
 las adultas zagalas
 me esquivan, me desprecian.
Si algun pastor me mira,
 me turba y me enagena;
 y á mi despecho clavo
 los ojos en la tierra.
Si me habla lisongero,
 si la mano me estrecha,
 yo tiemblo, y mis mejillas
 colora la vergüenza.
¿Qué crímen ignorado,
 ó cuál desdicha acerba
 de dia me acongoja,
 de noche me desvela?
Contino me repite
 aqui una voz secreta:
 para el placer naciste,
 donosa zagaleja.

Y del placer en tanto
 la prometida senda
 natura á mis afanes
 cubre de opaca niebla. —
Asi á los trece Mayos
 triste, llorosa, inquieta,
 razona con su madre
 la niña Galatea.
Calla la adusta anciana;
 la niña se impacienta;
 y Tirso mas piadoso
 la instruye y la consuela.

XVIII.

El invierno.

¿Oyes bramar, serrana,
los yertos aquilones
que el enconado invierno
desata de los montes?
¡Desolacion amarga!
Del campo los verdores
ya torna el crudo hielo
en áridos terrones.
¿Á dónde, á dónde huyeron
las matizadas flores?
Los sazonados frutos
del rico otoño ¿á dónde?
Mira á aquel arroyuelo
gemir entre prisiones;
mira al olmo copado
desnudo, seco y pobre.
Ni cantan ya las aves,
ni tienden ya veloces
sus alas por el viento,
region negada al hombre.
Ni el blando caramillo
resuenan los pastores,
ni vaga susurrando
la abeja por el bosque.
Avara sus riquezas
naturaleza esconde;
y en soledad y nieve
se pierde el horizonte.

El sol como asombrado
mas presuroso corre,
y vela opaca niebla
sus rayos creadores.
Todo es terror el cielo;
todo es silencio el orbe;
y si hórrido es el dia,
mas hórrida la noche.
¿Y aun del amor, serrana,
esquivas los arpones?
¿Quién vive en el invierno,
quién vive sin amores?
No mas á mi ternura
tu pecho sea bronce;
verás como burlamos
del tiempo los rigores.
Si piensas que te miento,
pregúntaselo á Clori,
y á Laura, y á Dalmira,
verás qué te responden:
«Serrana, no hay hoguera
como abrazar á un hombre
cuando enconados braman
los yertos aquilones.»

XIX.

¡Ea, no quiero, tia!
¡El diantre de la rueca!
¿Siempre he de estar hilando?
¡No es mala impertinencia!

Dejadme que me ponga
la saya de franela
que ogaño el tio Bartolo
me trajo de la feria.
Dejadme al aire libre
triscar por la pradera;
que de chupar estopa
me voy quedando seca.
Dejadme que tañendo
mi linda pandereta
cabe el arroyo cante
la jacarilla nueva.
Si no es que los donceles
por adularme mientan,
en gracia y en donaire
no hay una que me venza.
Ayer me dijo Tirso:
«¡Lástima de mozuela
perdida en los tizones
de rancia chimenea!»
Y dice bien. Quince años
cumplí por la cuaresma.
Bullendo está mi sangre;
saltando de las venas.
¿Temeis que me requiebren
los mozos de la aldea?
Dejadlos. No hay peligro
que en público me pierda.
Peor será que alguno,
si amor me desespera,
á media noche salte
las tapias de la huerta.

Que á las niñas...., anoche
lo dijo la tendera,
inútil es guardarlas
si no se guardan ellas.
Hilando, no hay remedio,
voy á caer enferma.
Dejadme de mis años
gozar la primavera.
Cuando al invierno llegue....
como vos; cuando vea
arrugas en mi cara,
canas en mi cabeza;
Entonces, sin cuidarme
de amor ni panderetas,
lo juro, de las manos
no soltaré la rueca.





I.

A una morena.

Venid, zagalejos;
que la fiesta es hoy
de la morenilla
que os mata de amor.
Sus ojos robaron
los rayos al sol,
y el alma conmueve
su plácida voz.
Por Licia bebamos:
el ejemplo os doy;
que es morena, y basta
para amarla yo.
Volando la abeja
entre flor y flor
pica en el romero,
y en la rosa no.
No es la nieve imágen
del vendado Dios:
mejor le retrata
fuego abrasador.
Y es de fuego Licia
como yo lo soy;
y es morena: — basta
para amarla yo.

II.

A mi ESTRECHO.

Dulce es, Laura, tu risa;
dulcísimo tu trato,
y tus ojuelos negros
dulces, aunque tiranos;
Dulce tu talle leve;
dulce tu blanda mano;
mas que la miel hiblea
dulce suena tu canto.
Flores son tus virtudes
que no marchita el Austro;
flor tu divino ingenio
del Helicon ornato:
Asi *dulces* y *flores*,
mi ESTRECHO, te regalo,
y á tus gracias ofrezco
mi vida en holocausto.

III.

A SILVIA.

Manzanares,
hoy tu orilla
se engalana
por mi Silvia;
Que es recreo
de la villa;
que es modesta
como linda.

¿Quién de amarte,
quién se libra,
candorosa
pastorcilla?
Tantas prendas
¿quién no admira?
¿Quién al verte
no palpita?
Si gustaras
de conquistas,
¡cuántas necias
gemirían!
Los donaires
de Palmira,
la belleza
de Dorila;
Son los rayos
de Lucina,
que no inflaman
aunque brillan.
¡Mas tu rostro
cuál hechiza!
¡Cuál tu talle
de delicias!
Todo puro,
sin mancilla,
como el soplo
que te anima.
Ni el tormento
de la envidia
palidece
tus mejillas;

Ni el orgullo
te domina
que en Filena
me fastidia.
No conoces
la falsía,
ni las armas
de la intriga.
De tus labios
la sonrisa
nunca es velo
de perfidia.
¡Cuán sinceras
tus caricias
si á Melania
las prodigas!
De otras bocas
fementidas
aun los besos
son mentiras:
No los tuyos
á las niñas;
que es el alma
quien los liba.
Si á tí el hijo
de Ciprina
sus saetas
lanza un dia,
Dios se llame
quien te rinda,
quien merezca
tanta dicha.

IV (1).

Mi viaje con dos amigos á VISTA-ALEGRE, *casa pública de recreo en Carabanchel.*

¡Huéspeda, que es tarde!
¡Por vida de quién.....!
Venga la comida. —
Tengo hambre por diez.
Despacha, que vamos
á Carabanchel
Ya estoy fatigado
de oir tu almirez.
¿Poblada de bellas
la senda no ves
que guia de Tirsis
al lindo vergel?
¡Oh! Ya no hay paciencia.
Danos de comer.
Ya quizá me aguarda
mi adorado bien.
No el ave sabrosa,
ni el estraño pez
goloso te pido,
ni lucio pastel.
Ni la dulce fresa
que cria Aranjuez
para señorones
de alto chapitel.
Si colmas la mesa
no importa de qué;

(1) Improvisado.

ni en parda vajilla
ni en tosco mantel.
Deja á la estragada
mísera vejez
ansiar de la gula
el torpe placer.
Deja al que las niñas
desdeñosas ven
mandar que le guise
marmiton frances.
Solo te encomiendo,
si me quieres bien,
que el tinto de Ocaña
sin tasa me des.—
Ya viene.—Muchachos,
comamos.—¡Las tres!
Despachad, que vamos
á Carabanchel.
¡Oh bellas de Mantua,
las que en rico tren
vais á electrizaros
en el *Belveder*.
¡Guardad, que allá vamos!
Malgrado el desden,
¡guardad, no de veras
os electriceis!
Que el délfico numen
inspira á los tres,
y el hijo de Venus,
y Baco tambien.

SONETOS.

+XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX+

I.

Al actor Carlos Latorre, *habiéndole visto ejecutar con aplauso universal el papel de* Oscar *en la tragedia del mismo nombre.*

De *Oscár* la gloria el caledonio Homero
cantó pulsando diestro arpa divina;
cantó su amor á la infeliz *Malvina*,
y de sus celos el tormento fiero;

Y su saña que espanta al orbe entero
cuando el amor á la amistad domina,
y en *Dermidio* á los rayos de Lucina
bárbaro clava el matador acero.

Mas su amor, y sus celos, y su gloria
tú con tanta energía has retratado
y tan célebre has hecho su memoria,

Que de Mantua en el pueblo entusiasmado
mas que en la arpa de Osian, mas que en la historia
de *Oscár* el nombre quedará grabado.

II.

En alabanza de Silvia, *zagala granadina.*

¿Cuál de tus joyas, inmortal Granada,
mayor sorpresa al caminante ofrece?
¿El áureo Darro que en tus muros crece,
ó tu fecunda vega dilatada?

¿Será Generalife do encantada
primavera sin término florece?
¿Será el claro Genil quien te envanece?
¿Será acaso tu Alhambra celebrada?

¿Será tu cielo plácido y sereno?
Será.... Dímelo en fin, asi en tus flores
no torne á solazarse el agareno.

Guarda, me dijo, admiracion y amores
á Silvia hermosa, que nació en mi seno
para abrasar el alma á los pastores.

III.

A la señora Concepcion Rodriguez, *primera actriz de los teatros de Madrid, con motivo de haber pasado al de Sevilla en el año* 1829.

¿Por qué enmudece de Hipocrene el canto?
¿Por qué, depuesta, oh plácida Talía,
la máscara donosa y la alegría,
bañas tu faz en encendido llanto?

Cuál á tu diestra súbito quebranto
roba el hierro, Melpómene, que un dia
en el Mantuano pueblo ora movia
la blanda compasion, ora el espanto?

¡Ay!, me responden, huérfana la escena
de su alumna mejor la ausencia llora,
y hondo gemir en su ámbito resuena.

Betis en tanto cual á nueva aurora
la acoge absorto, y en su orilla amena
la proclama del híspalo señora.

IV.

Pacto amoroso.

No me pidas rubíes ni esmeraldas,
que no me inclina á dádivas mi estrella:
no te ofendas si en brazos de otra bella
me ciñe amor de lúbricas guirnaldas:

No estrañes que te vuelva las espaldas,
si responder me enfada á tu querella:
ni con celoso ardor sigas mi huella:
ni me cosas, oh Brígida, á tus faldas.

Ya que no abras la puerta á mi porfia
no me cites de noche á tu terrero,
que me espongo á traidora pulmonía:

En fin no hables de boda, que prefiero
cadenas arrastrar en Berbería....,
y tú verás, mi bien, ¡cuánto te quiero!

V.

El amante de todas.

Me enamoran los ojos de Climena,
y de Clori la túrgida cintura;
en Rosana me hechiza la blancura,
y Anarda me cautiva por morena:

El talento de Elisa me enagena;
me embelesa de Inés la travesura,
y aun de la bizca Astrea la dulzura
forja á mi corazon blanda cadena.

No hay una fea que me cause espanto.
Gorda, flaca; alta, baja; ardiente, fria;....
en todas hallo celestial encanto.

Perdona: de mi estrella es tiranía;
mas aunque á todas quiero, á nadie tanto
como á tí, que me escuchas, Nise mia.



VI.

A la pereza.

¡Qué dulce es una cama regalada!
¡Qué necio el que madruga con la aurora,
aunque las musas digan que enamora
oir cantar á un ave la alborada!

¡Oh qué lindo en poltrona dilatada
reposar una hora, y otra hora!
Comer, holgar.... ¡qué vida encantadora
sin ser de nadie, y sin pensar en nada!

Salve, oh pereza. En tu macizo templo
ya, tendido á la larga, me acomodo.
De tus graves alumnos el ejemplo
me arrastra bostezando; y de tal modo
tu estúpida modorra á entrarme empieza,
que no acabo el soneto de per...



A una Señorita.

QUINTILLAS.

Niña hermosa, y AÑO mio,
en prueba de amarte fiel
ese cinturon te envio.
Prende tu talle con él
como prendes mi albedrio.

¡Oh! Si mi fortuna impía
se igualase al alma mia
que Cupido te rindió,
no fuera tan pobre, no;
que de brillante seria.

A gozar dicha tan alta,
como el oro no le esmalta,
tímido va; y es locura,
pues le dará tu cintura
la riqueza que le falta.

No le desprecies, mi niña,
por ser humilde presente,
que aunque rey de la campiña
tambien el olmo consiente
que humilde yedra le ciña.

Pongo al cielo por testigo,
si esquiva á mis penas eres,
que á nada con él te obligo.
Si de un amante no quieres,
recíbelo de un amigo.

En silencio te veré
tus lindas formas gozando;
mas te juro por mi fé
que en silencio suspirando
su destino envidiaré.

Don, que escuchas mi querella,
liga su cintura bella.
¡Ay! Yo tambien con mis brazos
dulces y amorosos lazos
sabría formar en ella.

Venturoso cinturon,
¡oh, quién robarte pudiera
tan deliciosa mansion!
¡Quién los latidos oyera
de su tierno corazon!

Mas ya que tanto recreo
me niega severo el hado,
píntala tú mi deseo.
Dila que de amor llagado
deliro cuando la veo.

EPIGRAMAS.

I.

A un mal médico que iba desempedrando las calles en un magnífico bombé.

Tente, ó tu bombé me aplasta.
Si matarme solicitas
¿acaso lo necesitas?
Con tus recetas te basta.

II.

A un recien poeta de pocas esperanzas.

Voy á hablarte ingenuamente.
Tu soneto, don Gonzalo,
si es el primero, no muy malo;
si es el último, escelente.

III.

A otro mal poeta.

Juan sus versos publicó,
no tan lindos como piensa;
y al entregarlos clamó:
sude con ellos la prensa,
que mas he sudado yo.

IV.

Con motivo de haberse anunciado en Sevilla la representacion de una tragedia nueva *á beneficio de la distinguida actriz* CONCEPCION RODRIGUEZ, *siendo primera dama de aquel teatro.*

Apenas tu papeleta
de *beneficio* leí
dige, oh CONCHA, para mí:
tú se lo harás al poeta
aun mas que el público á tí.

V.

A un disforme y minucioso cartel en que se anunciaba un libro muy pequeño.

¡Qué anuncio para un *doceavo*! —
Tres reales piden por él. —
No daré yo ni un ochavo. —
¿Por qué razon? — Porque acabo
de leerlo en el cartel.

VI.

A un mal actor al acabarse la tragedia que representaba en un teatro casero.

Llegó el ansiado momento
de las puñaladas fieras.
Ya se acabó mi tormento.
¡Pésimo actor! Solo siento
que no hayas muerto de veras.

VII.

A un mal traductor que publicaba como suyas las obras que traducia.

No temas atribuirte
la obrilla, ruin traductor.
Tal has puesto al pobre autor
que no osará desmentirte.

VIII.

A un autorzuelo que se jactaba de escribir mucho.

Papeles y pergaminos
ensucia Brito á destajo.—
¡Cuesta tan poco trabajo
el escribir desatinos....!

IX.

Fabio á un corro de camellos
su *Clitemnestra* leyó.
¿Quién ha muerto? preguntó
al concluir uno de ellos;
y Fabio le dijo: yo.

X.

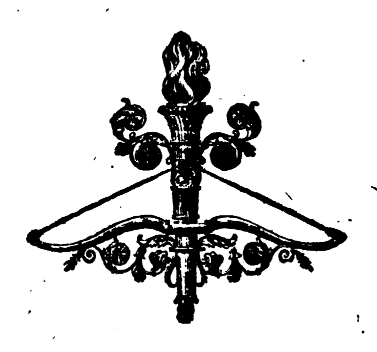
A un plagiario.

No hay que decir á Facundo
que estudie buenos modelos.
¡Si los sabe de memoria! —
Testigos todos sus versos.

XI.

A un mal autor que dejó escrita su vida.

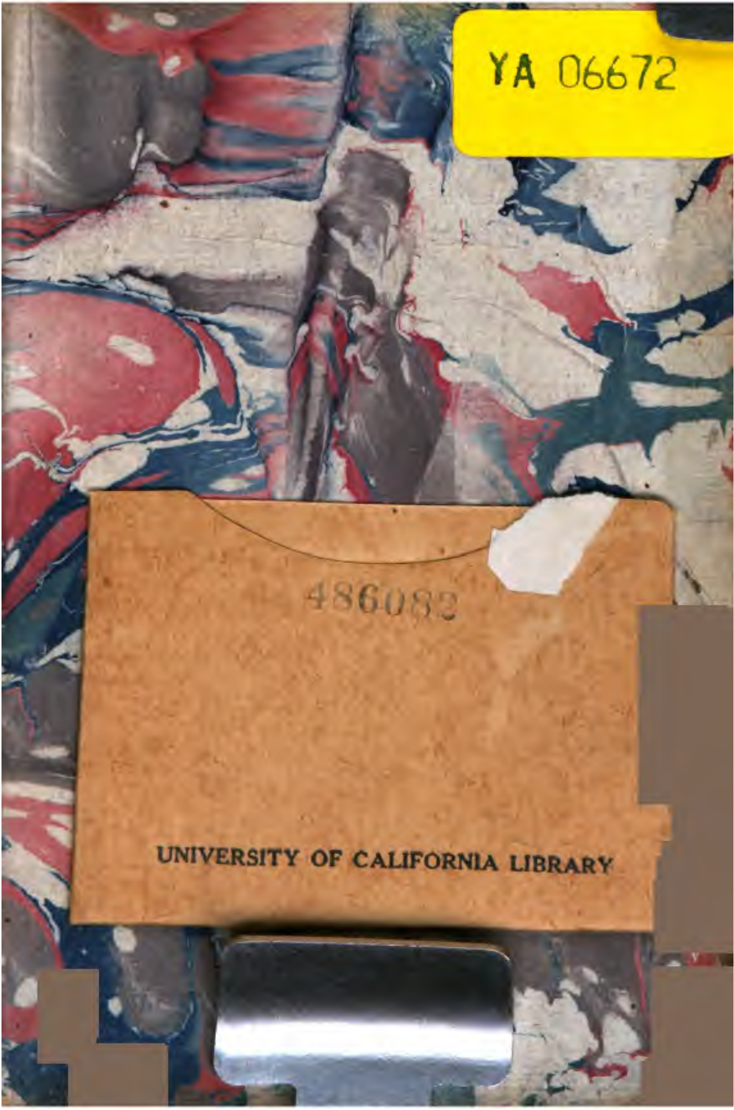
Su vida escribió Benito
á los siglos por venir.
Bien hizo el autor maldito,
que si él no la hubiera escrito
¿quién la habria de escribir?



ERRATAS.

Pág.	*Verso.*	*Dice.*	*Léase.*
32	5	al	el.
41	12	grabar	gravar.
70	13	No es forzeso....	¿No es forzoso....
150	19	esampar	estampar.
164	14	mi	mí.
187	10	brillante	brillantes.
191	7	no muy malo....	es muy malo.





YA 06672
486082
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

